

5-2014

Los años sin causa

Victor Adolfo Menco Haeckermann
University of Texas-Pan American

Follow this and additional works at: https://scholarworks.utrgv.edu/leg_etd



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Menco Haeckermann, Victor Adolfo, "Los años sin causa" (2014). *Theses and Dissertations - UTB/UTPA*. 906.

https://scholarworks.utrgv.edu/leg_etd/906

This Thesis is brought to you for free and open access by ScholarWorks @ UTRGV. It has been accepted for inclusion in Theses and Dissertations - UTB/UTPA by an authorized administrator of ScholarWorks @ UTRGV. For more information, please contact justin.white@utrgv.edu, william.flores01@utrgv.edu.

LOS AÑOS SIN CAUSA

A Thesis

by

VÍCTOR ADOLFO Menco HAECKERMANN

Submitted to the Graduate School of
The University of Texas-Pan American
In partial fulfillment of the requirements for the degree of

MASTER OF ART

May 2014

Major: Spanish

LOS AÑOS SIN CAUSA

A Thesis

by

VÍCTOR ADOLFO MENCO HAECKERMANN

COMMITTEE MEMBERS

Dr. Edna Ochoa
Chair of the Committee

Dr. Elvia Ardalani
Committee Member

Dr. Nalda Báez
Committee Member

May 2014

Copyright 2014 Víctor Adolfo Menco Haeckermann

All Rights Reserved

ABSTRACT

Menco Haeckermann, Víctor Adolfo., Los Años Sin Causa. Master of Arts (MA), May, 2014, 112 pp., 20 references, 3 titles.

La presente tesis es un trabajo de escritura creativa. Esta novela corta narra la historia de un adolescente de quince años que comete el error de poner dinamita por diversión en su colegio, lo cual le acarrea la consecuencia de ser recluido en una correccional de menores. Allí descubre que la amistad es totalmente diferente a la experimentada afuera, llena de traiciones y mandos de los más fuertes, incluyendo las directivas corruptas del centro de reclusión. El género en el que se inscribe es la novela de aprendizaje, con algunas relaciones con la novela negra, y los temas centrales son la amistad, el noviazgo, la drogadicción, la corrupción y la prisión. Su importancia radica en ser una novela que explora el género del *bildungsroman* dentro de una correccional, no tanto como un texto sobre la regeneración, sino sobre el *aprendizaje* de los peligros de la vida como arma de defensa.

DEDICATION

La culminación exitosa de esta maestría no habría sido posible sin el apoyo de Dios, mi familia, amigos y compañeros de la universidad; particularmente, de mi padre, Argemiro Menco Mendoza, mi madre, Fanny Haeckermann Rangel, y mis hermanos, Andrés, Lucerlym y Gorky, quienes con sus palabras a la distancia llenaron la soledad de mi habitación. Muchas gracias por todas sus muestras de amor.

ACKNOWLEDGEMENTS

Quiero expresar mi agradecimiento a la Dra. Edna Ochoa, directora del comité de tesis por sus consejos, paciencia y profesionalismo. Igualmente, gracias a los miembros del comité: Dra. Elvia Ardalani y Dra. Nalda Báez. Su motivación y su guía fueron vitales para garantizar la calidad de un buen trabajo intelectual y creativo.

Finalmente, agradezco al Dr. Glenn Martínez y al Dr. Héctor Romero, por aunar esfuerzos para mi vinculación a la maestría en la Universidad de Texas-Pan American como estudiante internacional.

TABLE OF CONTENTS

	Page
ABSTRACT.....	iii
DEDICATION.....	iv
ACKNOWLEDGEMENTS.....	v
TABLE OF CONTENTS.....	vi
INTRODUCTION.....	1
CHAPTER I.....	15
CHAPTER II.....	51
CHAPTER III.....	82
REFERENCES.....	110
BIOGRAPHICAL SKETCH.....	112

INTRODUCTION

Para todo escritor, comentar sobre su propia obra es un acto que debe de ser tomado como una opinión paralela a la de los lectores, puesto que, después de publicado un texto, ya no nos pertenece. Como uno nunca llega a conocerse completamente en calidad de escritor, soy consciente de que esta lectura de mi novela será, tal vez, la menos importante de todas. Habiendo aclarado esto, procederé a hacer un recuento de mis inicios como creador, explicaré algunas influencias que he recibido, y abordaré, en líneas generales, la trama de mi proyecto de novela, las características de su género, la tradición literaria a la que se inscribe, su estilo y su organización.

En el origen artístico de mi vocación creadora, mi padre, el poeta Argemiro Menco Mendoza, ha sido de gran importancia. Gracias a él, quien ha participado en eventos como el Festival Internacional de Poesía de Medellín (el más grande del mundo), me he visto envuelto desde mi niñez en un ambiente artístico, donde la música, las artes plásticas, el cine, la danza y la literatura han sido respetados como manifestaciones sublimes del ser humano.

Desde que era niño, asistía a las reuniones que protagonizaban en mi casa artistas de renombre, entre ellos, los poetas colombianos Santiago Colorado y Jorge Artel; músicos de la talla de la charanga cubana Pancho El Bravo (de la Empresa Benny Moré); y grandes pintores colombianos, como el surrealista Limberto Tarriba. Fue inevitable para mí el contagiarme de la pasión con que proponían sus ideas a través del arte, y estimulaban el ingenio partiendo de elementos tan aparentemente básicos como la palabra, el gesto o el color.

Asimismo, tuve la fortuna de tener una biblioteca en casa donde pude saciar mi curiosidad infantil, porque mi padre era del pensamiento de que, aunque no hubiera mucho dinero, la educación era el vehículo que me iba a servir para salir adelante. Allí he leído gran parte de los libros que me han servido para cultivar mi talento como escritor.

Además de él, en mi familia se pueden contar varios creadores e investigadores literarios: mi tío Carlos Menco, periodista y escritor; mi hermana, Lucerlym Menco, soprano, actriz y profesional en Lingüística y Literatura; mi primo Edwin Menco Cadena, profesional en Lingüística y Literatura; y mi primo Carlos Menco Castillo, estudiante de la misma licenciatura. Entre todos nosotros, hemos compartido lecturas y opiniones sobre las diversas manifestaciones artísticas que nos interesan, lo cual ha aportado al enriquecimiento de mis perfiles de investigador y de escritor.

Sumando todos estos condicionamientos, no fue difícil escoger mi licenciatura (Lingüística y Literatura), todo lo contrario: una transición muy natural para mí. Por ejemplo, desde antes de ingresar a la universidad, leía textos sobre lingüística clásica que mi hermana estudiaba para sus clases. Cuando por fin ingresé a la Universidad de Cartagena, ya había leído varios de los libros que mandaban a leer los profesores, de modo que nunca representó una carga para mí discutir sobre temas que me eran familiares.

De toda esta exploración, me he quedado con varios géneros de escritura que cultivo en paralelo: minicuentos, cuentos, novelas, poemas, canciones, libretos, guiones, ensayos, testimonios, crónicas y demás artículos periodísticos. Hasta ahora, tengo un libro de cuentos publicado, *El hombre que hablaba por mí*, soy colaborador de una enciclopedia titulada *Dictionnaire des femmes créatrices*, y he sido antologizado en los libros: *Bogotá por Bogotá* (crónica), *Antología del Cuento Corto del Caribe Colombiano* (minicuento), *Encuentros*

(poesía), y *El corazón habitado* (cuentos). Otros textos míos han sido publicados en revistas y periódicos. Además, tengo varios libros inéditos: el libro de poemas “El mundo estuvo aquí”, el libreto “Efecto estrella” y la novela que ocupa el presente proyecto, titulada “Los años sin causa”. También he grabado varias canciones de estilo pop latino, cuyas letras reflejan mi interés por la poesía.

Las influencias de mi trabajo son palpables: la literatura rusa del siglo de oro y contemporánea (Alexander Pushkin, Anthon Chéjov, Isaac Babel, Máximo Gorky, etc.), los cuales conocí en la biblioteca de mi padre, un exmilitante del Partido Trotskista de Colombia con predilección por autores en lengua rusa. De ellos, extraigo las historias sobre tragedias cotidianas, llenas de frustración, impotencia, vergüenza; en síntesis, todo lo que se lleva por dentro y no se expresa debido a la fachada de la cultura moderna. Contadas con dignidad, y no pocas veces con humor negro, sus historias han constituido un ejemplo para mi cuentística y, como ahora es el caso, para mi novelística.

Posteriormente, tras mi ingreso a la universidad, descubrí a los autores latinoamericanos Jorge Luis Borges y Julio Cortázar. De ambos, me han gustado siempre los desenlaces sorprendidos y artificiosos. En la novela “Los años sin causa”, como está estructurada por capítulos que pretenden ser más o menos episódicos, trato de incluir, en algunos de ellos, este tipo de finales propios del cuento, de manera que se puedan antologizar en otros libros o el lector de la novela pueda volver sobre sus episodios favoritos. Mi trabajo posee un sistema arbóreo: algunos de los capítulos (aquellos dedicados a personajes secundarios) contienen, a su vez, subtramas (como *flashback*), que, luego de finalizados, vuelven al episodio anterior o la trama principal, es decir, la que vivencia el personaje principal y donde confluyen todos los demás personajes.

Por último, no podría dejar de mencionar la influencia de ciertas novelas en este proyecto creativo: *El guardián entre el centeno*, de Jerome David Salinger; *El señor de las moscas*, de William Golding; *Los cachorros*, de Mario Vargas Llosa; y *Apuntes de un lugareño*, de José Rubén Romero. El enfoque que estos escritores les dan a los relatos protagonizados por adolescentes me ha servido como marco para recrear su mentalidad de la manera más verosímil posible. Más adelante, nos referiremos en detalle a algunas de dichas novelas.

Para entrar a la caracterización de la novela “Los años sin causa”, analicemos los aspectos formales y temáticos, y veamos cómo se inserta dentro de la tradición literaria hispanoamericana y universal. Comencemos por decir que esta es la historia de un adolescente de quince años, apodado Nitro, que es llevado a una correccional de menores por cometer una pilatuna que se le salió de las manos. Aquí vemos el primer rasgo que nos puede dar luces sobre cuál sería el género de la novela: la inexperiencia del adolescente no le permite dimensionar las consecuencias de sus acciones. El protagonista experimenta un drástico cambio de vida, por primera vez siente el peso de pertenecer a una sociedad. Es una especie de bienvenida al mundo real de los adultos.

El segundo rasgo está estrechamente ligado al primero: no solamente hay una transición forzada, que bien podría quedarse en lo meramente externo, sino una evolución en la psiquis del personaje de la novela. La primera experiencia le sirve, al menos, para cuestionarse sobre sus acciones y repensar su futuro: “Así es, el problema no era estar encerrado sino fuera de la sociedad. Mis amigos estaban en libertad, dándose unos buenos tiempos de fútbol y *batemano*, y yo allí, en una torre de bella princesa”, dice el personaje en una clara reflexión sobre las amistades que había perdido.

Por otro lado, en cuanto al tema del amor, reconoce su incapacidad y su deber de corresponder: “llegué a pensar que mi encierro era la forma en que la vida ajustaba las cuentas pendientes que tenía con Katherine”. En ese punto, al inicio de la novela, sus ganas de cambiar son palpables: “sólo allí dentro me di cuenta de que no quería terminar como los que me rodeaban, es decir, con historias peores que las mías. Sentía una fuerza en mi interior que me decía: «Sigamos, que vamos a salir de esto»”.

Podemos decir que estos pensamientos son indicios de una maduración, en términos psicológicos, pero que en términos literarios nos sitúan en el género del *bildungsroman* (en alemán: ‘novela de aprendizaje’), ya que pasa por varias experiencias que le *enseñan* a valorar la vida en sociedad. Pero no sólo eso, también aprende que hay un prisma de personalidades dentro de sus amigos que hasta ese momento desconocía. Su amigo Dayro, con el que tuvo amistad hasta que los separaron por estallar la dinamita, ya no está. Ahora conoce nuevos amigos con los que comparte ciertos lazos de amistad pero que no son incondicionales, sino que, por el contrario, lo usan y lo engañan (como Johan), lo traicionan (como Poli) y lo sorprenden (como el Indio).

Nitro se debate entre la necesidad natural de pertenecer a algo, en este caso, a un grupo de delincuentes que no lo respetan, y la defensa de su integridad y la de los más débiles del internado. De manera que, más que *aprender* a resocializarse, lo que mayormente ocupa estas páginas es el proceso paulatino a través del cual el personaje principal aprende una lección sobre la amistad en términos más realistas, que le acompañará de allí hasta la adultez, periodo desde el que escribe, o más bien, corrige, unas memorias que comenzó a plasmar desde la adolescencia.

Con el propósito de entender mejor el género de la novela de aprendizaje, tomamos como punto de partida la teoría de la novela de Wolfgang Kayser (1924-1989), quien, para proponer una

primera clasificación de las obras, se basa en los tres componentes básicos del género épico (personaje, acontecimiento y espacio). Según el teórico, dentro de la novela de personaje, que tiene influencia de la autobiografía (de entre las que se destaca *Confesiones*, de San Agustín), se encuentra una de sus variantes: la novela de aprendizaje, de educación o de iniciación, cuyo perfeccionado modelo fue establecido con *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, de Wolfgang Goethe. Según el teórico, en la novela de aprendizaje, la evolución termina en “un estado de madurez definitiva, de acuerdo con las disposiciones íntimas en que el protagonista ha desarrollado sus capacidades en un todo armónico”.

Esta característica de coherencia íntima entre lo que se piensa y se hace lo vemos en “Los años sin causa” –título que se deriva de la novela de Goethe y del mote de “rebelde sin causa”, atribuido comúnmente a los jóvenes–, cuando el protagonista decide apartarse de la pandilla de Johan porque se da cuenta de que aquel que roba *con* él es probable que no tenga escrúpulos en robarle *a* él. Las experiencias, antes divertidas, se van convirtiendo para el protagonista en pasajes amargos, pues ha sido capaz de asociar estos comportamientos de sus compañeros con aquello que eventualmente pueden usar para traicionar su amistad. Es por eso que Nitro le dice a su amigo Poli que, como una especie de enmienda por la complicidad en el robo de su gorra, le devuelva al gordo el bolígrafo que le robó a Silvani. Y ni siquiera con esto, Nitro vuelve a confiar en Poli. El velo se ha roto para siempre. Este acto representa una manera de *enseñarle* lo que él, por experiencia propia, ha aprendido; lo que ha colegido a través de sus diálogos interiores.

Continuando con el análisis de la tradición en la que se circunscribe esta novela, es necesario mencionar a Bárbara Aponte, quien hace un recuento de la historia de la representación del niño en la literatura. Al igual que Kayser, afirma que la recreación literaria de la infancia

tuvo sus primeras apariciones protagónicas en San Agustín, puesto que en el periodo clásico era prácticamente ignorado. Esta perspectiva cristiana que consideraba al niño como bastión de la inocencia llegó a su apogeo en el periodo romántico, pero “las ideas románticas sobre la inocencia infantil perdieron vigencia a partir de Freud y en la literatura del siglo XX la imagen del niño ha cumplido otras funciones, especialmente la de iniciación; hoy se valora más, comenta irónicamente Leslie Fiedler, la experiencia que la inocencia”. (129)

En este sentido, una novela de aprendizaje contemporánea sería aquella donde el narrador ve como positivo haber perdido la inocencia, o en su defecto, que no proponga una abierta propuesta moralista. Tal es el caso de *Retrato de un artista adolescente*, de James Joyce, la cual constituye una revisión del género al proponer una fallida integración, un desarrollo como deformación, una temporalidad no lineal, una autenticidad de una identidad que no es una sola, y una opacidad en torno al personaje principal caracterizada por un juego de máscaras, evocaciones que no llevan a una revelación, entre otras estrategias (Riquelme 465). El investigador John Paul Riquelme explica cómo se contraponen moralmente a las obras predecesoras:

Unlike its nineteenth-century precursors, *A Portrait* is not pedagogical. It provides no moral guidance, unless we take the character's swerve from the conventional morality of his society to be itself a kind of ethical behavior, with Oscar Wilde's defense of lying and rejection of bourgeois sincerity and morality implicitly influencing his attitudes. (466)

Como vemos, a pesar de que se aparta de la moral cristiana, propone lo que, en términos sociológicos, se podría considerar como una *moral otra*. En el caso de “Los años de sin causa”, Nitro, que viene de una formación protestante, no llega al todo armónico a través de esa corriente

de pensamiento, como sí por los hechos azarosos. Su moral obedece, como la de Joyce, aunque en otro sentido, a la contemporaneidad laica, por la necesidad que siente de respetar el espacio de cada quien para que no nos terminemos devorando los unos a los otros hasta extinguirnos por completo como especie.

Además de esto, su aprendizaje moral cristiano es mínimo comparado con la enseñanza central que se expone en la novela: la desconfianza en la amistad. Un ejemplo de esto lo vemos cuando Poli le pide perdón al protagonista y le pregunta si pueden volver a ser amigos. “Con esto queda todo resuelto”, le contesta Nitro, y agrega: “Pero yo me refería a otra cosa. Sí, lo perdoné, pero nunca más volví a verlo como alguien incondicional”. Esta pérdida de la sobreestimación de la amistad o de la confianza también se observa después de que Johan le da un pastel de “marihuana” haciéndole creer que es uno de cumpleaños. Nitro, hastiado del engaño de sus compañeros de prisión, dice: “No tenía ni la más remota idea de esa mierda”, y agrega: “Ya he aprendido varias cosas aquí”.

Al final, en una conversación con su padre, se remarca la idea de lo que verdaderamente ha aprendido en la correccional no han sido preceptos morales, sino el reconocimiento de la amoralidad como arma letal: “Sólo le dije lo que quería escuchar: que hubo momentos difíciles de los que aprendí mucho, y que era una nueva persona. “Sabía que te serviría”, dijo él, sin preguntarme en qué sentido yo era otra persona”.

El reconocimiento de la amoralidad como amenaza de la amistad es el argumento que esta novela le aporta al corpus del género. Lo consideramos una contribución interesante ya que tiene un valor universal, que se sobrepone a cualquier creencia. María de los Ángeles Rodríguez sostiene que la novela de aprendizaje es “una ficción creada artísticamente por un escritor con el fin de que el héroe, trasunto simbólico del autor, del lector y de todos los hombres, obtenga una

autobiosignificación transferible metanarrativamente a la autoidentificación de toda la humanidad” (47).

Es así como cada lector, y, por extensión, cada ser humano como ser social por naturaleza, dentro de sus juicios de valor sobre lo que considera malo o erróneo, tiene la amistad como algo estimado. C. S. Lewis –quien escribió la novela de aprendizaje *El regreso del peregrino* antes que el mundo de Narnia– sostiene al respecto:

I know that some people say the idea of Law of Nature or decent behavior known to all men is unsound, because different civilizations and different ages have had quite different moralities.

But this is not true. There have been differences between their moralities, but these have never amounted to anything like a total difference. . . . Selfishness has never been admired. (5-6)

Es por ello que hemos elegido el concepto de la amistad, una cualidad arraigada en el hombre, que se va modelando con las traiciones y otras experiencias fatídicas, también inherentes al ser humano. Esto nos permite que cualquier lector se pueda conectar emocionalmente con el proceso resignificación del concepto de amistad que experimenta el personaje principal. En palabras de María de los Ángeles Rodríguez, en el *bildungsroman* “El lector tiene, en el proceso de formación y autoconstitución de la personalidad del héroe, en aras de una autoidentificación, la imagen artística de su propio proceso y meta autoidentificativa” (47).

Debemos aclarar que no es una novela dirigida a un público adolescente, aunque puede ser leída por él, sino a un público adulto, con el fin de que, como hemos afirmado, relacione la historia de Nitro con los primeros fracasos en la amistad. De otro lado, el público adolescente podría encontrar en esta obra la identificación con la sensación de soledad que se experimenta en

esta etapa de la vida, no una terapia que le ayude a mejorar (que no es fin primordial de la literatura). |

Muchos de los *bildungsroman* constituyen, en realidad, un *collage* de diversos géneros. Por ejemplo, *El guardián entre el centeno* recrea la generación que vivió las consecuencias del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, también llamada la generación desencantada, ya que la novela denuncia, de una manera bastante ácida, el rumbo erróneo que ha tomado una sociedad que se presume de “moderna” (Lerate de Castro 162). Sin embargo, esto no le impide a la novela ser leída, al mismo tiempo, como un *bildungsroman*, tal como lo expone Aránzazu Sumalla:

En el personaje de Salinger, eso sí, se descubre de una manera mucho más evidente para el lector, la ambivalencia entre la infancia y la edad adulta a la que debe incorporarse. Así como los protagonistas de Goethe y de Joyce transmiten un anhelo de crecimiento que el entorno no favorece, Holden Caulfield recorre las páginas de la novela solo y él mismo se nos muestra, una y otra vez, inseguro en su camino de rebeldía. Más allá de su cinismo e irreverencia, Holden esconde el terror del adolescente que no quiere entrar en el mundo adulto y que añora, por encima de todo, el seguro terreno de la infancia. (5)

El desencanto, aunque propio de la postguerra, es, por ende, el desencanto frente al mundo adulto. Se conecta con “Los años sin causa” puesto que el protagonista ha perdido la fe en algo de lo que se sabía seguro. Su temor a las imposiciones sociales lleva a Holden a querer ser el guardián entre el centeno, un oficio inventado por él mismo para estar cerca de los niños que juegan en los cultivos. De la misma manera, Nitro, al no encontrar una posición cómoda dentro de su nueva pandilla, sino sólo abusos, se vuelca a proteger a Chirry, un joven que, por tener

algunos problemas mentales, es víctima de matoneo. En ambos casos, es la inocencia lo que buscan.

En el corpus de novelas latinoamericanas, figura *Apuntes de un lugareño*, de José Rubén Romero, una obra que, a pesar de clasificarse tradicionalmente dentro de la novela de la Revolución Mexicana, funciona perfectamente como un híbrido entre este género y el de la novela de aprendizaje. En realidad, son pocos los críticos que han notado que la obra narra más que un conflicto bélico que, de hecho, aparece sólo hasta la mitad. Héctor Ceballos es uno de ellos: “La temática del libro gira en torno de las peripecias vividas y las lecciones aprendidas durante la infancia y la juventud del autor” (15).

Para ser más preciso, diremos que en la novela de Romero hay un narrador en primera persona que cuenta cómo fueron sus primeras experiencias en el amor, el sexo, la amistad, la poesía, la vida laboral, y por último, la guerra. Desde el inicio, vemos una historia que no tiene una trama definida. Una novela que no trata de nada más que de episodios aislados de la vida de un personaje sin un desenlace previsible. A simple vista, puede resultarnos lenta cuando estamos acostumbrados a leer novelas de espacio o de acontecimiento. Pero basta con tener un poco de paciencia para que el libro nos atrape capítulos más adelante, cuando, luego de habernos ganado con su simpatía y su facilidad expresiva, el protagonista se enfrente al primer gran problema. Se trata de una obra de la que también se nutre “Los años sin causa”, dado no sólo el tema de las peripecias adolescentes, sino su carácter episódico, la inclusión de otros géneros a medida que transcurre la trama –como explicaremos a continuación– y el tratamiento humorístico de algunos pasajes.

Así como las obras mencionadas anteriormente, en “Los años sin causa” se exploran, además, otros temas, como la discriminación étnica y socioeconómica. El personaje principal se

ve expuesto a nuevos conceptos raciales que no pertenecen a su mundo familiar. De igual manera, y por oposición, aborda la problemática de la convivencia interétnica e internacional: los “blancos hispanos”, “negros hispanos”, “mulatos” y “gringos” en el Caribe.

El espacio es una particularidad que conectaría mi novela con otra tradición literaria (la novela negra): es la cárcel que la élite corrupta creó para sus hijos, con tal de no tenerlos con el común de los jóvenes delincuentes. Como se supone, la corrupción está a la orden del día. Esto le da un toque diferente –incluso inédito en la realidad, aunque perfectamente posible– a una novela de aprendizaje. Su antecedente real más cercano es la cárcel de lujo que el narcotraficante Pablo Escobar, el otrora hombre más rico del mundo, mandó a construir para él y sus amigos con ayuda de la élite política corrupta de Colombia.

Aunque también podría leerse como una novela de espacio, la evolución del personaje principal no depende del lugar, y, en caso de que sí, sería solo el aspecto moral cristiano: es decir, sus malas acciones le acarrearán el castigo y el arrepentimiento. Pero la interpretación de esta novela, como hemos visto, es mucho más compleja, porque el tema de la amistad desplaza paulatinamente las historias de delincuencia (que explican cómo llegaron los adolescentes a ese lugar).

En cuanto al estilo literario, esta novela presenta una característica general: cuenta acciones, si bien no descuida la elegancia de la palabra ni la reflexión íntima en los pasajes que están después de los sucesos más críticos. A propósito, Adolfo Bioy Casares dijo: “Muchos escritores olvidan que la principal ocupación del narrador es narrar. A todos nos gusta que nos cuenten cuentos y, desde luego, a todos los que leen obras de ficción. Ahora hay muchas novelas desprovistas de ficción y de trama; se las llama novelas, pero adentro hay ensayos y pedantería” (Vásquez 303).

Se trata de un estilo directo, un poco periodístico, pero lleno de ficción, haciendo que lo increíble parezca normal, verosímil. En eso, mi novela coincide perfectamente con la percepción de Juan Ramón Jiménez: “En el uso de la palabra escrita lo importante, creo yo, es que la palabra corriente parezca que se usa por vez primera, y que la rara parezca corriente, que no se tropiece uno en ella” (Vásquez 273). En síntesis, podría catalogarse como un estilo de tono medio, cuyo narrador no incluye muchas palabras coloquiales, ya que es un adulto con una determinada formación académica, pero que a veces se desprende de su registro propio al focalizar las situaciones del pasado.

Finalmente, la división de la novela obedece a una manera de agrupar los episodios por etapas de la personalidad del narrador. El capítulo I tiene que ver, principalmente, con la llegada de Nitro a la correccional de menores, la amistad que traba con Poli, su necesidad de pertenecer a una pandilla que lo proteja, y, en forma de *flashbacks*, la caracterización de los personajes secundarios, dando paso a algunas de las historias con las que se descubren los delitos por los que cada uno ha sido recluso.

En el capítulo II, por su parte, se narran los sucesos que realiza la nueva pandilla de Nitro, y cómo este se da cuenta de varias injusticias que cometen contra su amigo Chirry. Por estos motivos, se pelea con el líder de toda la correccional de menores, Nandito, pero, gracias a sus dotes histriónicas, se libra de una golpiza peor. También observa que Poli, su mejor amigo, cada vez se separa más de él y participa de una complicidad con Johan en contra suya, lo cual resulta un punto de quiebre en la amistad.

En el último capítulo, el III, Nitro es invitado por Johan a una fiesta para pedirle perdón, pero descubre, de la mano de la muerte, que se trata de otra estratagema para hacerle daño. Es la gota que reboza la copa que convierte a Nitro en un solitario, o, en otras palabras, que lo

introduce en un nuevo estado del ser humano, en el que la amistad de la adolescencia, y, en fin, las relaciones con cualquier otra persona, ya no se valoran en la misma medida.

En conclusión, se trata, en el plano formal, de una novela que obedece a una tradición consolidada en la literatura universal, y que aporta una fusión de géneros y un espacio ficticio inédito. Al mismo tiempo, en el plano del contenido, es una novela que recrea las problemáticas por las que muchos adolescentes pasan, pero que desprenden un eco que nos hace pensar si, en verdad, dejamos de aprender alguna vez. Con esta novela, espero el lector adolescente se identifique y halle algo de compañía para los repentinos momentos de soledad que propicia el insertarse en un sistema social, y, de otra parte, que el lector adulto reviva un periodo que, aunque lleno de algunos recuerdos ingratos, lo ha hecho lo que es hoy.

CHAPTER I

Desde que me advirtieron que no fuera solo al baño del patio, pude dimensionar dónde me habían metido. No poder ir al baño tranquilamente es un mal síntoma en cualquier parte del mundo. Allí, en la Correccional de Menores Santa Cruz, no era diferente. Yo acababa de llegar, con quince años y dos maletas en mis manos, temeroso de dar un paso sin averiguar primero las reglas que hay en toda cárcel.

Estaba allí por una iniciativa del gobierno nacional que consistía en crear un centro correccional para jóvenes con delitos menores, pues una investigación había arrojado que los delincuentes de bajo rango que entraban a las correccionales normales, al salir de cautiverio, regresaban a ellas con delitos mayores al poco tiempo, como si hubieran aprendido de los delincuentes más profesionales allí dentro. El proyecto de ley tuvo la aprobación unánime del Congreso de Verania, en un intento desesperado de los políticos por salvar este país que parecía irse cada vez más al hoyo.

Pero como muchas otras reformas ejemplares de la nación, los resultados distaban mucho del papel. La Correccional de Menores Santa Cruz era manejada tras bambalinas por los poderosos (congresistas, militares, empresarios, narcotraficantes y extranjeros radicados en el paraíso fiscal de Verania, etc.) que tenían hijos delincuentes y que, como debían someterlos a la Ley, no querían juntarlos con la “chusma” de las correccionales de menores comunes y corrientes. De esta manera, nosotros, los jóvenes con delitos menores, éramos la fachada que servía para encubrir a muchachos con delitos graves, a algunos adultos con papeles falsificados,

y otros cuyos protectores habían pagado sumas cuantiosas para recluirlos allí, con la esperanza de alejarlos de peligros como el ajuste de cuentas.

La correccional no sólo era polémica por la clase alta de muchos de sus internos. La casona de estilo republicano que dispusieron como locación, y las comodidades (tanto de los jóvenes como del personal administrativo), ayudaron a que se expandiera la fama de “cárcel de niños ricos” que tuvo la correccional, a partir de las visitas de los periodistas. La mansión era de dos pisos altos, y en la fachada sobresalía un balcón en media luna de unos cinco metros, de exuberante balaustrada de cemento, sostenido por cuatro columnas lisas. A los lados, otros dos balcones, mucho más pequeños y cuadrados, igualmente de cemento, hacían un contraste que realzaba la figura central. En la entrada, pendía una lámpara negra que alumbraba unas inmensas puertas de madera con chapas de bronce. Varias ventanas de madera con vitrales rectangulares se distribuían por todo el frente, que parecía coronado con un arco que se levantaba desde los extremos del balcón principal.

El blanco de las paredes y los arabescos en la cornisa pintados de colores pasteles, se sintonizaban con algo encontraría en el interior: jóvenes en su mayoría de piel blanca y ojos claros, algo bastante contradictorio en una ciudad con fuertes raíces africanas. Reconozco que me asustó sobremanera tener que integrarme a una comunidad tan extraña para mí, un joven de clase media y, como el promedio de la gente de Catamara, de piel oscura. Por eso me alegré al ver a alguien conocido caminando junto a la entrada del patio aquella mañana que ingresé.

Gabriel, a quien había conocido afuera, fue quien me explicó que era casi imposible que alguien entrara al baño comunitario sin que una pandilla lo emboscara, ante la mirada indiferente de los guardas ubicados en la azotea. Luego de que la víctima ingresaba, la pandilla hacía lo mismo por ambas entradas del baño con el fin de evitar su huida. Una vez los muchachos

notaban que la víctima estaba dentro de uno de los cubículos, se acercaban a su puerta y, escuchando atentamente, comprobaban que estuviera haciendo uso del retrete. Entonces lo atacaban por arriba y por debajo de la puertecita. El desprevenido usuario era objeto de patadas y puñetazos; y, como si fuera poco, de la burla de toda la correccional al salir al patio.

Además de hacerme esta advertencia, Gabriel me puso al tanto de la organización de los muchachos, es decir, de las pandillas con las que debía de tener cuidado. Me habló del grupo más fuerte, liderado por un tal Nandito, mejor conocido por sus enemigos con el alias de “Maldito”; y de otro dirigido por un sujeto apodado “Cuco”. Se consideraban enemigos, pues luchaban por tener el mayor número de pandilleros y clientes de la mercancía que entraba ilegalmente a la correccional.

–Escoge a tus amigos –me aconsejó Gabriel–. Pero escógelos bien, porque tus enemigos vendrán con ellos.

–¿Y cuál es tu grupo?

–¡El de los ganadores!

Durante los seis meses que llevaba en la correccional, Gabriel había servido a los ideales de Nandito. Me contó que su líder era el cerebro de la venta de cocaína, marihuana, cigarrillos, licor y otros anzuelos que utilizaba para mantener controlados a los demás, sobre todo a los “niños ricos” y a los gringos. Solo eso representaba casi todo el poder en un lugar donde muchos adictos entraban supuestamente a rehabilitarse. Los “niños ricos” eran hijos de personas pudientes, que por algún delito habían terminado en este lugar. Los gringos, por su parte, eran hijos de estadounidenses jubilados que se habían venido a disfrutar de su pensión en las playas cristalinas del Caribe, y a evadir impuestos que tendrían que pagar en su país.

Sirviéndose de un personal de confianza, Nandito recolectaba el dinero necesario para sobornar a los guardas que dejaban entrar la “mercancía”. Adicionalmente, Nandito les ofrecía, a los “niños ricos”, protección a cambio de dinero. Eso sí, advirtiéndoles que no había otra opción: o colaboraban, o estaban en su contra. Con los gringos, esto casi no funcionaba. Aunque pequeños en número (unos diez) eran más altos que el promedio y amantes al boxeo, con lo que generaban cierto respeto a los demás bandos. Vivían aislados y no buscaban peleas por fuera del cuadrilátero.

Nandito tuvo la fortuna de que llegara a la correccional Sebastián Fernández de Fernández, alias Fefe, descendiente de una de las familias más importantes de la Costa Caribe de Verania. Sebastián hacía aparecer, por arte de magia, el dinero que Nandito necesitaba para sobornar a los guardas que se prestaban para sus negocios. Sus papás le daban una mesada en efectivo con la que Fefe podía mantener un estilo de vida privilegiado en cautiverio. Con esta nueva alianza, fue fácil que ambos conformaran la dupla perfecta que regiría a la correccional hasta su desaparición.

Pero una cosa es escuchar sobre el dominio de Nandito por boca de Gabriel, y otra muy distinta es verlo el mismo día de llegada, como me sucedió a mí; porque lo que mis ojos vieron ese Viernes Cultural, a la hora de la película, fue así, de película.

Momentos antes de la proyección, el ambiente de la correccional se tornó alegre: los muchachos se amontonaron en las escaleras que conducían al salón de audiovisuales, esperando

el timbre que les autorizara el ingreso. Acudían a la cita apresuradamente, como si tuvieran la esperanza de escapar al mundo exterior a través de la pantalla.

Se dio la señal. La psicóloga encargada de hacer la presentación de la película se sentía complacida, como ese y todos los viernes siguientes, de que los muchachos se esmeraran por conseguir los mejores puestos. Una silla vacía, en el centro de la sala, llamó mi atención. Justo antes de tomarla, me indicaron que estaba reservada para Nandito, el único que acudía sin prisa, con ínfulas de invitado de honor, acariciando su cabello dorado.

Mi timidez me condujo a tomar una silla junto a la pared del fondo. Desde allí, distinguí a un par de sujetos que había visto en el parque donde conocí a Gabriel. Pero ellos, al igual que el resto, no mostraban interés alguno por las orientaciones de la psicóloga, quien, vestida con una ropa pasada de moda y medio cegatona, no nos inspiraba el menor deseo de conectarnos con su filosofía.

La sicóloga, desde el frente del salón, terminó de “convencernos” de las bondades de la película para nuestra nueva vida, y se sentó a un costado. La oscuridad que se apoderó del recinto y los bafles gigantescos, a lado y lado, dejaron escapar la música grandilocuente que caracteriza el inicio de los filmes. No más de veinte minutos duró la quietud del público, cuando dos siluetas a contraluz salieron de los puestos laterales y gatearon sigilosamente hasta esconderse delante de los bafles, como si evadieran un tiroteo imaginario proveniente de la pantalla.

Al cabo de un rato, sus rostros se hicieron claros en la penumbra, al igual que las navajas con que comenzaron a destornillar, y, finalmente, a quitar las rejillas que cubrían los altavoces. Eran los dos chicos más fieles que tenía Nandito: del lado izquierdo, Marcelo; y del lado derecho, Johan. Hacían un trabajo de memoria, sincronizado, pero no mecánico, sino con el

empeño con que se hacen las cosas que se aman. Una, dos, tres pequeñas bolsas negras fueron extraídas por ambos del interior de cada una de las cajas, mientras soportaban, con caras arrugadas, el estridente sonido de la película.

El paso siguiente fue lanzar las bolsitas hacia el centro del salón, por debajo de los asientos. En un segundo, varias manos anónimas las borrarón del suelo. Entre el titilar del proyector, pude ver a un Nandito interesado en la dama que aparecía en el filme. Sus brazos cruzados expresaban la confianza que tenía en los suyos. Antes de apartar la vista de Nandito, tanto sus vasallos como las rejillas de los altavoces estaban de nuevo en sus puestos.

El timbre indicó que teníamos que bajar al patio a esperar la hora de la cena, pero mi mente cavilaba sobre los escondites a los que iría a parar la mercancía. Como aún no teníamos permitido subir a las habitaciones, le insistí a Gabriel que me aconsejara lo que debía hacer para que me dejaran usar tranquilamente el baño del patio.

–Aquí nos toca ir como las mujeres: en grupito –me dijo sonriendo.

–Vamos ahora...

–Ya yo fui. Procura encontrar a alguien que orine a la misma hora que tú –y se marchó al centro del patio, junto a Nandito.

La habitación que me asignaron no era como la casona donde quedaban las oficinas, que, a pesar de los siglos, mantenía el aire de palacio de otro tiempo. Pero tampoco me podía quejar: tenía un camarote, una mesa, un pequeño refrigerador y un baño con una ventana pequeña donde residía el mar y algunas lejanas casas recostadas a su orilla. Mejor de lo que había pensado.

Al igual que el resto de habitaciones para internos, la mía estaba ubicada en la parte moderna de la correccional, que se extendía desde donde terminaba la casona, pasando, en orden, por la cafetería y el patio (con cancha de fútbol sala, lavaderos y baño público), hasta los edificios modernos: el de las aulas de clase al costado izquierdo y el del salón de conferencias al derecho; mientras los segundos pisos estaban destinados al salón de audiovisuales y las habitaciones, respectivamente.

Tuve la fortuna de tener, como compañeros de cuarto, a dos sujetos poco problemáticos. Uno de ellos tenía por sobrenombre “Chirry”, usaba el pelo muy corto y negro, y era de baja estatura. El otro, apodado “Pepo”, era fornido y alto, hijo de una veraniana con un canadiense. Siempre permanecía tendido en la cama, como cuando llegué a la habitación. No bien me había sacado el morral de encima, me preguntaron si fumaba cigarrillo o marihuana.

–No, ¿por qué?

–Porque nosotros tampoco –dijo Chirry–. Yo no meto nada de drogas –repuso con un leve aire de locura asomado en su rostro, como si alguien acabara de acusarlo.

–Yo, sólo *pepas*... *pa* relajarme –aclaró Pepo, con lo que supe el origen de su apodo.

–Es que te preguntamos... por el humo. No queremos problemas aquí –dijo Chirry, chupándose un hilo de saliva.

Aquella noche, no me fue tan mal como esperaba. Mis compañeros de habitación intuyeron mi falta de sueño, porque empezaron a compartir conmigo episodios de sus vidas.

Supe que Pepo había entrado por robarle el reproductor del auto a su propio padre. No había sido el primer robo de este estilo. Meses antes, los familiares de Pepo habían experimentado la desaparición sorpresiva de dinero, prendas y demás objetos valiosos en la casa. Todo, para comprar las pastillas que le ayudaran a escapar de una vida que odiaba. El canadiense se enojó al descubrirlo, de manera que mandó a su hijo a la correccional.

Por su parte, Chirry, hijo de una mujer comprometida públicamente con la lucha antidrogas, había entrado a la correccional por “Tráfico de estupefacientes”. Su error fue aprovechar el fácil acceso que tenía a los narcóticos incautados por la oficina que presidía su madre, para vendérselos a un traficante de barrio amigo suyo.

Admitió que, estando en libertad, a veces consumía, pero que en la correccional se había vuelto adicto, debido a la ansiedad por salir de allí, lo que le acarreó graves problemas a la hora de la muestra de sangre que tomaba, sorpresivamente, el personal médico. El escándalo ocurrió en un periodo donde la escasez de dinero, consecuencia de la compra compulsiva de drogas, no le permitió sobornar al médico para que maquillara los resultados, como hacían otros reclusos.

—Cuando mi mamá se enteró, vino expresamente a darme una cachetada delante de todo el mundo... Esa fue la primera y última vez que me visitó —dijo, estirando los ojos.

A partir de ese penoso incidente, Chirry se impuso un régimen de resistencia contra el consumo de drogas. Procuraba andar lo más lejos posible de Nandito y su gente, siempre solitario por el patio, cuidando cada pisada de sus zapatos para no llamar la atención.

Quería volver a abrazar a su hermanita sin que ella se avergonzara de él. Lo dijo sentándose en su cama, y mostrándome una fotografía en la que estaba posando con ella junto a un árbol. Pude sentir su dolor; yo también tenía hermanos esperándome fuera de estos muros. Repitió, una y otra vez, que en la correccional se perdía el que quería perderse, que había visto a

muchos salir rehabilitados, y que él sería uno de ellos. De un momento a otro, se interrumpió, y me regresó la pregunta que yo le había hecho antes:

—¿Y tú por qué estás aquí?

A mi amigo Dayro se le dio por llevar explosivos al colegio donde estudiábamos. Se trataba de un centro educativo enorme, con miles de estudiantes y varios edificios intercomunicados por galerías. Ambos, con quince años, estábamos en la etapa de querer volar la escuela, aunque en realidad lo único que alcanzábamos a hacer era pintar con aerosol el símbolo de anarquía en esas paredes blancas, sedientas de palabras.

Llegó el tiempo en que quisimos dar un paso más allá. A Dayro le pareció buena idea utilizar, en el colegio, la misma pólvora con que, los fines de semana, poníamos a volar ratas, sapos y frutas en los terrenos sin nombres a las afueras de la ciudad. Dayro había sustraído los explosivos de la finca de un tío pescador que los tenía almacenados en una bodega.

Salimos al descanso y, como de costumbre, fuimos al sitio donde mi novia y yo nos veíamos a diario. La idea inicial era decirle a ella que debía ausentarme porque tenía algo importante que hacer con mi amigo. Sin embargo, en vista de que ella tardaba en llegar, consideramos la idea de poner la dinamita justo allí, dentro de una tubería, que, asomada en una de las paredes, se encontraba en reparación. Pensamos que allí la explosión sonaría con eco, y ese efecto, más que daños, era lo que queríamos. No había mejor sitio. Mi novia y yo lo habíamos escogido como nuestro lugar de encuentro porque nadie pasaba por allí a esa hora.

–Toda la primaria está en clase. Es ahora o nunca.

Dayro introdujo un taco de dinamita en la ancha tubería, de la que sacó una mecha lo suficientemente larga como para tener tiempo de huir. Fuego. El primer impulso que tuvimos al ver que la mecha se consumía fue correr, correr tan rápido como nos lo permitieran nuestras piernas. Salimos hasta la boca de la galería y doblamos a la derecha, por el pasillo que interconectaba los salones de primaria. En ese instante, Dayro me hizo la señal de que camináramos despacio para no despertar sospechas.

Justo cuando pasábamos frente a la puerta de un salón colmado de niños, sentimos el piso estremecerse por el estallido. Los niños, de todos los salones, gritaron y corrieron desesperadamente hacia los pasillos, guiados torpemente por los profesores.

Tuve miedo cuando vi a la gente acercándose a nosotros. Hasta ese momento no me había preocupado por lo que haríamos después; la efervescencia de sentir aquel espectáculo de estallidos y gritos me había nublado el futuro. Pero tampoco esperaba la recursividad de Dayro:

–¿Escuchaste eso? ¡Fue una explosión! –me dijo, tratando de superponer su voz sobre los gritos de los niños.

–Creo que vino de allá –dije, señalando el lugar del que habíamos huido.

Entonces Dayro, al ver que los profesores nos ponían atención, sugirió que fuéramos a ver lo que había pasado, y los profesores se nos unieron. Al penetrar nuevamente la boca de la galería en cuestión, un grupo de trabajadores del colegio, de distintos oficios, se hallaba en la entrada de la misma, viendo desde lejos el humo aprisionado que trataba de salir por los calados.

De repente, las cosas se pusieron mejor de lo planeado: Como buenos asesinos, habíamos vuelto a la escena del crimen para contemplar sus efectos. Dayro me mostraba descaradamente su sonrisa, mientras yo trataba de disimular la mía arrugando el entrecejo y la boca como signo de preocupación. Una vez saciados de aquel sentimiento de superioridad, aprovechamos la multitud para mimetizarnos y escapar. Con el fin de evitar levantar sospechas, convenimos en tomar cada uno por rutas distintas y reencontrarnos en los baños de nuestro bloque.

Por el camino, la noticia anduvo más rápido que nosotros. Profesores y alumnos de secundaria se asomaban a ver la humareda, mientras las directivas trataban de mantener el control a través de los megáfonos. Sólo el personal de seguridad estaba autorizado para inspeccionar y acordonar la zona.

Mientras tanto, mi amigo y yo nos reencontramos en el baño. Allí nos quitamos con agua el olor a pólvora, recordamos varios pasajes de lo acontecido con una mezcla de arrepentimiento y placer, y acordamos no hablar por teléfono sobre “el tema” al llegar a casa, temiendo que nos intervinieran las líneas.

La que sí me llamó fue mi novia, que, bastante angustiada, me expresó su preocupación por el “atentado terrorista” que había sufrido el colegio.

–¿Ah, es que fue terrorista? –le pregunté con ironía.

–Sí. Dañaron los baños de primaria. La explosión viajó por las tuberías.

–¿Y tú cómo sabes todo eso?

–Porque yo me asomé a ver si todavía me estabas esperando, pero todo estaba horrible.

–Ah... yo no pude ir hoy porque me quedé jugando *batemano* por ahí.

–Hay algo más...

–¿Qué?

–Me dijeron que un jardinero vio a dos muchachos cerca de ahí antes de la explosión. Y los describió. Uno es como Dayro, y el otro... el otro se parece a ti.

–¿Me estás diciendo que fui yo?

–Es que como tú eres tan... misterioso.

–Katherine, tú sabes que yo no haría algo así –le dije, aprovechando que, con sólo dos meses de noviazgo, desconocía muchas cosas sobre mi vida.

–Yo sé, mi amor. Pero se parece a ti, porque dicen que es delgado, tiene el cabello largo y negro, usa los pantalones anchos, la camiseta desencajada...

–¡Por Dios! ¡Hay varios así en el colegio!

–Pero es que... también dijeron que usa un morral azul de una sola tira cruzada en el pecho. Y yo puedo jurar que no hay nadie más en todo el colegio con un morral así.

–Bueno, ¿ahora qué? ¿Te metiste a detective?

–Manuel, dime la verdad... ¿fuiste tú?

–No. Y mejor seguimos hablando mañana en el descanso. Nos vemos en el quiosco de tu bloque.

Cuando colgué el teléfono, lo primero que hice fue acudir donde un amigo de mi barrio para que me prestara un morral verde de doble tira que ya no usaba. Acto seguido, busqué un pantalón ajustado entre la ropa que no me ponía, y le dije a mi hermano que me prestara sus elegantes zapatos negros, pues los míos eran de montar monopatín. Cuando llegó la noche, me encerré en mi habitación y me corté yo mismo el cabello frente a un espejo.

Al día siguiente, mi familia creyó que mi cambio de apariencia, incluyendo la camiseta encajada, obedecía a otra de mis imitaciones basadas en la televisión. En el colegio nadie notó mi cambio (nadie me prestaba atención), salvo Dayro (quien también había alterado su físico), y, por supuesto, Katherine, que, cuando me vio llegar al quiosco, no estaba segura de mi identidad.

–¿Manuel? –me preguntó, tal vez temiendo haberme confundido con mi hermano.

–Dime, mi cielo –le contesté.

–Te ves... –arrugó el ceño– te ves... bien –y me soltó una sonrisa que reflejaba su gusto por mi nueva apariencia de príncipe azul.

Entonces volvió a recorrerme con la mirada, esta vez con mayor detalle, haciendo énfasis en el morral verde de doble tira. La felicidad se le desdibujó por completo.

–Yo sabía que eras tú –dijo, decepcionada, y se dio la vuelta.

Me acerqué y la abracé por la espalda, para evitar que escucharan nuestra conversación.

–Mi vida –le dije, en tono de consuelo–, ¿de qué estás hablando?

–Tú sabes de qué estoy hablando. No me trates como a una estúpida.

–Está bien, sí fui yo. Pero la idea fue de Dayro.

–Y si Dayro te dice que te tires de un puente, ¿tú qué haces?

–No pensábamos que sería así, en serio que no. Lo hicimos sólo para pasar el rato, y se nos fue la mano. Perdón.

–Mi perdón no es suficiente, Manuel. Te están buscando.

Efectivamente, las directivas del colegio, en asocio con la Policía, diseñaron un grupo especializado en encontrar al sujeto cuya apariencia coincidiera con las descripciones dadas por el jardinero. Día a día, salón por salón, estas personas ingresaban paseándose lentamente por todos los puestos, y tomando nota de quienes no habían asistido a clases, y, finalmente, sacando a los pasillos a todos los estudiantes pelo-largo que encontraban.

Para mi fortuna, antes de llegar a mi salón ya habían capturado a un sospechoso que, además de parecerse a mi antiguo “yo”, tenía antecedentes con la pirotecnia. Sobre el pobre cayeron las quejas de las madres afectadas, argumentando que sus hijos habían quedado con traumas psicológicos, entre los que se contaba no querer ir más al colegio.

Katherine estaba bastante decepcionada de mí. A cada rato me reprochaba el haberle ocultado mi lado oscuro. Ya no tenía derecho a censurarle sus malas palabras, ya no podía aconsejarle que no comiera comida rápida, y ya quedaba fuera de lugar expresarle una opinión contra algo moralmente incorrecto, porque me respondía con un: “Mira quién lo dice”. En fin, había perdido mi autoridad. La solución que encontré fue cortar por lo sano. Le propuse que nos diéramos un tiempo. No le dije que la terminaba, solo que necesitaba más espacio para jugar con

mis amigos, y que, con tan solo quince y catorce años, la vida tal vez nos volvería a reunir.

Lloró.

Mi vida volvió a la normalidad con el transcurso de los meses, y cuando digo “normalidad” es que mis actos de indisciplina volvieron a ser los de antes: un papel arrojado al suelo, una pared rayada, una burla a un compañero, una pelea ocasional, una silla arrojada por la ventana, una pinchada a las llantas del automóvil de un profesor, entre otros.

Por alguno de esos casos pensé que las directivas de mi bloque me habían mandado a llamar, hasta que entré a la oficina del Director del Grado 10 y reconocí a Katherine, mi Katherine, estática, callada, sentada en un rincón, con la cara oculta bajo su larga e impenetrable cabellera negra.

–Jovencito, lamentamos informarle que usted ha sido solicitado por las autoridades bajo el cargo de “Daño en bien ajeno” –me dijo el Director–. Le rogamos que no oponga resistencia ni trate de negarlo, ya que, gracias a la colaboración de la señorita –señaló a Katherine–, hemos corroborado su participación en el atentado terrorista que dañó la tubería de primaria.

Imaginé a mi madre oyendo esa noticia cargada de palabras tan fuertes como la dinamita, el enojo de mi padre, la vergüenza de mis amigos... El pedacito de mundo que había construido con torpeza durante quince años se me desmoronaba frente a mis ojos. «¿Katherine, tú?», le pregunté desde mi mente. Ella permanecía inmóvil. Por entre sus cabellos, noté que me respondía dejando caer lágrimas sobre unas mejillas que yo había besado antes.

Un policía me sacó de allí para llevarme a casa y dar aviso a mis padres. En un gesto de humanidad, me dijo que ella no tenía la culpa: A Katherine se le había ocurrido la “genial” idea de visitar constantemente el lugar de la explosión, tal vez con la intención de recoger del piso los recuerdos que de nosotros dos habían quedado vivos. En una de esas visitas a nuestro nido de

amor, el jardinero de la zona recordó que la había visto conmigo por aquel lugar, quizá compartiendo una caricia o un chocolate; y dio aviso a las directivas para que la atraparan y la hicieran confesar que su novio había sido uno de los autores del crimen. Esa era Katherine, lo único de mí que no pude cambiar.

En realidad, no estaba *dentro* sino *fuera*. Si tal vez todos aceptáramos, en un acto de humildad, que estamos *fuera* –unos un poco más que otros– la vida sería más fácil. Y el más exitoso parece ser el que más saque gente de la carrera. Así es, el problema no era estar encerrado sino fuera de la sociedad. Mis amigos estaban en libertad, dándose unos buenos tiempos de fútbol y *batemano*, y yo allí, en una torre de bella princesa.

La gente piensa que los presos tenemos más tiempo. Mentiras. Es como lo pensó Einstein: nos ven por la ventanilla de su vida, a toda velocidad, y perciben que caminamos lento, mientras nosotros casi ni los notamos porque nos la pasamos pensando, y luego, en un abrir y cerrar de ojos, al salir de nuestra mente, ya uno no sabe qué hora es. El tiempo no nos pertenece.

Yo apenas me di cuenta de lo que era el encierro cuando mi cuerpo me pedía salir corriendo y los muros se me atravesaban. Había fútbol, sí, pero el fútbol que yo había conocido incluía jugadas como la de bajar el balón de un árbol, o ir a sacarlo de la terraza de un vecino malgeniado y con perro. Pero en la correccional de menores todo era artificial. Un simulacro de la vida, un espejismo.

¿Y Katherine? Bueno, a esa edad el amor no me importaba tanto. Por mucho que hubiera querido, tenía la cabeza llena de cucarachas. Sí, cuando la vi por primera vez patinando en la pista del colegio me encantó su figura, su energía, su disciplina. Sufría al verla caer y lastimarse las rodillas; y habría querido que fueran las mías las que portaran la sangre, mientras la suyas, la gloria. Pero, con todo, creo que no la amaba. Lo digo porque la vez que fui a verla entrenar y nos descubrieron besándonos en el baño de las mujeres, yo salí huyendo, como un cobarde, y ella, la deportista, la famosa, la que representaba al colegio y a la ciudad en los torneos de patinaje, llevó la peor parte: le tocó pagar una jornada de servicio comunitario dentro de la institución. A mí no me dijeron nada supongo porque yo no representaba la menor importancia para el colegio. Por

eso reconozco que la mayoría de las veces, estando con ella, sólo pensaba en mí. Debí pedir que se impusiera un castigo aunque no evitara con eso que la disciplinaran a ella; si no por amor, al menos por sentido común. Pero eso era lo que me faltaba. Las largas horas de soledad en mi habitación me brindaban un poco de eso: llegué a pensar que mi encierro era la forma en que la vida ajustaba las cuentas pendientes que tenía con Katherine.

Yo había sido criado en una familia protestante bastante estricta, pero mis padres no sabían las locuras que hacía con mis amigos, ni, muchos menos, la patanería con la que trataba a las mujeres. Y eso que había escuchado principios sobre el respeto a los demás. Sin embargo, sólo allí dentro me di cuenta de que no quería terminar como los que me rodeaban, es decir, con historias peores que las mías. Sentía una fuerza en mi interior que me decía: «Sigamos, que vamos a salir de esto». Así que comencé a frecuentar la biblioteca para a leer libros que nadie quería leer, y a disciplinarme lo que más pudiera. Esta vez sí era “ahora o nunca”.

Me condujeron, bien temprano, al salón de clases que me habían asignado, pues, según nos repetían, la educación era lo más importante. Los salones se asignaban de acuerdo a la edad. Los que no iban al día con los conocimientos acordes con su edad, recibían clases personalizadas por la tarde. En el salón que me tocó, estaban solo chicos de quince y dieciséis años, entre ellos, Nandito y su reino, y algunos de los adeptos a Cuco.

Había otro salón con chicos de diecisiete, a quienes preparaban para la mayoría de edad, en su mayoría pertenecientes al grupo de Cuco. No escapaba del todo al control de Nandito, debido a que Marcelo estaba allí. A este, se les sumaban Fernández de Fernández y su grupito de “niños ricos”, que, si bien no era problemático, tampoco socializaba con los muchachos de clase media y baja. Unos cuantos gringos completaban la amalgama de personajes que constituían el llamado “salón de Cuco”.

Los primeros días, los chicos del salón fueron amables conmigo; pero no me escapé de pagar una novatada por la que, me imagino, debe de pasar la mayoría de los que entraban a la correccional. Me sucedió en clase de Química, al pararme de mi silla e ir a pedirle al profesor que me explicara algo que no comprendía. De vuelta a mi puesto, mi cuaderno de química había desaparecido. Pregunté qué se había hecho y nadie me dio respuesta. Así que me resigné a perderlo.

Fuera de eso, mi llegada no causó gran conmoción, más que nada por haberme ubicado detrás del puesto de Chirry. Toda la atención se la llevaba mi compañero de cuarto, sobre el cual recaían bromas de todos los calibres, motivadas principalmente por Nandito. Varias veces tuve la intención de defenderlo, pero no lo hice porque temía meterme en problemas. Si ni Pepo lo defendía, era por algo. Algo había allí que yo no podía entrar a derrumbar como si nada. Sólo la

llegada al salón de un nuevo personaje, pocos días después, pudo aminorar las constantes burlas a las que Chirry era sometido. Se trataba de un chico que había sido policía bachiller.

–Vengo del Colegio de la Policía –dijo, mientras se presentaba, y, al instante, los muchachos lo rechiflaron y le gritaron cosas como “¡Abajo la Autoridad!” o “¡Lárgate, sapo!”.

Yo, por el contrario, sabía que el chico estaba de nuestro lado, al fin de cuentas era uno de nosotros. El panorama no cambió durante el resto del día. Cada vez que alguno trataba de hacer trampa en una actividad, se mofaban: “Cuidado, que la policía está cerca”; o, cuando el expolicía se aproximaba a un grupo: “Ha llegado la Autoridad”. Terminaron contagiándome. Antes de que acabara el día, tuve que buscarlo para ver si sabía las respuestas de una tarea de la clase de Inglés (como yo lo suponía, tratándose de un expolicía bachiller en una ciudad turística). Acabé diciéndole: “¡Poli, ven acá!”, y él cometió el pecado de responder al llamado, pues todos se volvieron a reír.

Desde entonces y para siempre, el nuevo compañero se llamó “Poli”. Pero el expolicía no se quedó con ese clavo. Tan pronto pudo, me puso el sobrenombre de “Nitro”, en una clase de Química, mientras el profesor explicaba los componentes de la dinamita. A Poli y a mí nos unió el hecho de ser solicitados para las tareas de Inglés en un salón donde no había gringos, hasta que nos eximieron de tomar la materia, con lo que pudimos tener esa hora libre. Esto ayudó a que llegara a ser mi mejor amigo, y, por tanto, la persona que yo necesitaba para ir a orinar con tranquilidad.

En los descansos, yo siempre entraba primero, mientras Poli se cercioraba de que el grupo de Johan no viniera a atacarnos. Naturalmente, después era yo quien me encargaba de la vigilancia. Un par de veces nos atacaron, pero se cansaron al ver la rapidez y las estrategias que empleábamos a la hora de escapar. Al poco tiempo, los teníamos estudiados. Conocíamos quién

entraba por la puerta derecha y quién por la izquierda, qué tipo de víctimas preferían, cómo atacaban cuando alguien cerraba la puerta del cubículo. De modo que Poli y yo nos anticipábamos a todo.

Creo que eso les llamó la atención porque, de la noche a la mañana, nos buscaron conversación, y comenzaron a preguntarnos cosas sobre nosotros. Pero con todo y su repentino interés, queríamos tener más libertades, queríamos tener el control de nosotros mismos. No era nuestra intención convertirnos en sus amigos.

Así estuvimos Poli y yo, como un grupo aparte, hasta que se desencadenó el suceso que cambió mi relación con la pandilla de Johan: Caminaba por el centro del patio, atravesando la cancha de fútbol, cuando sentí que algo caía del cielo e iba a dar justo sobre mi cabeza si no me detenía. Sentí como si un pájaro que revoloteaba viniera hacia mí desde arriba, y esa sola idea hizo que no siguiera caminando. Aquella cosa cayó frente a mis zapatos: un cuaderno, con todas las hojas dobladas en forma de acordeón. Lo miré de cerca, le di vuelta y descubrí que era mi cuaderno de Química, inservible, sucio... un pájaro muerto.

Levanté mi rostro en dirección a los lavaderos, buscando al culpable, pero el grupo de Johan ni sabía qué había pasado. Estaban allí, sobre el lavadero, preguntándose entre ellos, no sin sonreír, cuál era el chiste del que se reía la gente de los balcones. Pero en aquel otro lugar tampoco hallé culpa: los chicos que se sentaban en el balcón eran considerados “los idiotas”, y sólo se reían de haber visto caer el cuaderno.

Seguí buscando con la mirada, aquí, allá, más allá. Y al fin decidí voltearme para mirar hacia las escaleras que daban al salón de audiovisuales, donde se suponía que siempre estaba la pandilla de Cuco... Y allí los vi, con una cara de culpables, riéndose y haciéndome gestos obscenos. Me di cuenta de que no podía seguir siendo independiente. El grupo de Johan era lo

más próximo que tenía para estar protegido, aún más teniendo a Nandito como máximo líder. Aquella misma mañana, le comenté a Poli la necesidad de hacer parte de un grupo, y concluimos unírnos a ellos. Era como la ley de la selva: “matar o morir”. Elegimos lo primero.

Me tocó esperar un tiempo prudente para que el acercamiento se hiciera de manera natural. Ellos estaban un poco prevenidos contra nosotros porque los habíamos frenado anteriormente. Pero no me di por vencido. Examiné los gustos de Johan y los demás, y me di cuenta de que se interesaban por los tatuajes. Aprovechando que sabía dibujar, me aparecí cualquier día frente a ellos con los brazos llenos de tribales hechos con bolígrafo. El gesto me sirvió para que me invitaran a dibujarles un par en sus brazos. Poli tuvo que ayudarme, ya que eran seis los muchachos de la pandilla. Al poco rato, gracias a nuestras habilidades para el dibujo, nos trataban como hermanos menores. Me dio la leve sensación de que no nos exigirían participar de todos sus planes cuando nos uniéramos.

Como buenos hermanos menores, también hacíamos las veces de bufones del grupo de Johan. Fui célebre en poco tiempo por mi facultad de imitar voces y ademanes. La usé como herramienta para meterme en el corazón de todo el que pudiera, incluso en el de quienes no me miraban con buenos ojos. El papel que más le gustaba a mi nueva pandilla era el de Coordinador de Disciplina, al que todos conocían como Schwarzenegger, un exmilitar que con sólo gritar: “¡A ver, allá!”, suspendía cualquier tipo de riña.

En esa temible voz encontré mi mayor mina de oro, porque cada vez que había una pelea en el patio, la pandilla de Johan me buscaba, me escondía en algún lugar estratégico, y me pedía que gritara: “¡A ver, allá!”, con el ánimo de reírse del miedo que sentían, ante aquel grito, los protagonistas de la riña y los curiosos. Era un grito mágico. En menos de diez segundos, la gente

se dispersaba y simulaba estar haciendo otras cosas, y yo me quedaba con la satisfacción de haber prestado un servicio, no a la pandilla, sino a mí mismo.

A los diecisiete años, la vanidad de Marcelo era tan grande como su historial delictivo. Su ropa parecía no ensuciarse nunca, usaba gelatina en el cabello y llevaba los zapatos impecables. Sus delgadas patillas y sus cejas delataban una extrema delicadeza. Unas cuantas joyas, diminutas, se repartían entre dos dedos, una muñeca y una oreja; sin caer en la extravagancia de muchos de los bandidos del barrio pobre donde se había criado. Su rostro era alargado, de tez mestiza. De labios finos y ojos igual de oscuros que sus lisos cabellos, tenía los dientes excesivamente simétricos y una nariz puntiaguda que me recordaba la navaja que siempre cargaba en el bolsillo.

Nunca llegó a ser mi amigo en la correccional, pero era de los que yo había conocido afuera, en Catamara, y eso significaba un vínculo importante. Meses atrás habíamos coincidido en varias ocasiones a la salida de la Escuela Secundaria de Almirantes: yo, esperando a una amiga; y él, a una chica rubia de sin igual belleza anoréxica. Ambas eran hijas de viejos cadetes convencidos de que la disciplina militar se adquiría en ese tipo de instituciones. Marcelo, de otro lado, se encargaba de nublarle ese adiestramiento a la rubia con el humo de una motocicleta, que de tarde le servía para pasear con ella y, de noche, para huir de sus enemigos.

El Marcelo de afuera siempre se mostraba egocéntrico, sobre todo en las fiestas que organizaban las *almirantes*; ellas se enloquecían con su peinado, su manera de hablar y sus gestos rebeldes, que no encontraban en otro chico de su edad; pero, para mi sorpresa, dentro de la correccional era de los más carismáticos y conciliadores. Hablaba de paz a todo el mundo. Parecía demostrar la madurez propia de quien sabe que ya está muerto. No le quedaba otra opción a un adolescente que había sido contratado como asesino a sueldo y ahora se convertía en presa fácil para sus enemigos, aunque nunca lo hubieran procesado por ello sino por extorción.

Lo habrían matado el mismo día que ingresó de no ser porque todos los internos y los guardas corruptos teníamos claro que un incidente mortal sería noticia en tierra firme. Y si se sabía, de inmediato cerrarían el lugar, tendríamos que abandonar las comodidades de Santa Cruz y ser trasladados a correccionales de verdad. De manera que el temor que allí se transpiraba no era el temor a la muerte, sino a uno tal vez peor: a vivir medio muerto.

Yo fui uno de los primeros en notar la cara de medio muerto de Marcelo una vez que nos sentamos en las rocas que estaban junto a la cancha fútbol sala. Me puse de pie sobre ellas y me apoyé en uno de sus hombros para no caerme. De inmediato, su semblante cambió, se sacudió mi mano de mal humor, y espetó:

–No me toques.

Por un momento pensé que el Marcelo de afuera había vuelto, porque lo vi arreglarse con cuidado aquella camisa blanca recién comprada que mi mano acababa de estropear. Sin bajarse de la roca en la que estaba sentado, hizo unas pinzas con los dedos para echarse la camisa hacia atrás con lentitud, buscó la mejor horma para el cuello y se reparó de cuerpo entero.

Con el mismo cuidado, y sin decirme una palabra, se bajó de la roca y se unió a un grupo de compañeros que estaba cerca de allí. Yo me quedé observándolo, recordando la arrogancia que había mostrado en las fiestas de las *almirantes*. De repente, uno de sus amigos se le acercó y lo abrazó cariñosamente por la espalda. Marcelo soltó un quejido que habría podido confundirse con un silbido alegre, si no fuera porque la cara de angustia que puso denotaba que algo le dolía.

–No me toquen, por favor –dijo, flexionando sus rodillas.

Con disimulo, se explayó el cuello de la camisa y nos mostró a todos una herida que yacía en el lugar en que confluyen el hombro y la espalda. Parecía un trazado a lápiz. Una

diminuta mancha roja se asomaba en un extremo de la herida. Marcelo nos relató lo que le había pasado la noche anterior.

Después de la hora oficial de dormir, un guarda llamó a su puerta diciéndole que lo solicitaban en Dirección, pero cuando vio que el guarda lo guiaba por el pasillo frente al salón de audiovisuales, se tranquilizó. Supuso que el guarda le propondría un negocio o algo por el estilo, pues ya todos los guardas sabían que era hombre de confianza de Nandito.

En medio de la oscuridad, el hombre abrió la puerta y entraron ambos en el salón. Como si se tratara de un sistema automático, las luces se encendieron apenas se cerró la puerta, y Marcelo, en medio de su ceguera parcial, tardó en distinguir que dos encapuchados lo esperaban con navajas desenfundadas. Allí se imaginó lo peor, ya que la acústica del salón no permitía que un grito de auxilio se escuchara afuera. Cuando lo sujetaron entre los tres, prefirió humillarse y rogar que no lo mataran. El guarda trató de calmarlo, diciéndole que no permitiría que mataran a un interno, pues no era buen negocio.

–¿Y entonces, qué me van a hacer? –preguntó Marcelo.

–Te vamos a entregar un recordatorio que te mandó alguien –dijo uno de los encapuchados.

–¿Quién? –insistió Marcelo–. ¿Cuánto les pagaron? Yo les doy más. ¡Yo he hecho esto mismo que están haciendo ustedes! Yo les pago...

–Si sigues hablando, te va a doler más –dijo uno de ellos–. Es sólo una picada de mosquito.

Marcelo se resignó.

–Quédate quieto –dijo el otro, antes de clavarle la navaja y sacársela con una agilidad que le hizo recordar a las enfermeras profesionales a la hora de inyectar.

Como en esas ocasiones en que su mamá lo había llevado a la clínica, Marcelo no gritó ni se quejó del dolor. En cambio, se sentó en el piso, y, con amabilidad, insistió en pedir explicaciones sobre el origen del “recordatorio”. Quería saber si lo enviaba un hombre o una mujer, pues dudaba entre si era un ajuste de cuentas de un enemigo o una venganza pasional; pero no le dijeron.

–¿Quiénes crees que fueron los que te apuñalaron? –le preguntó Gabriel a Marcelo.

–No sé. No les reconocí la voz.

–¿Y el guarda?

–Domínguez. Renunció al día siguiente.

–¿Sospechas quién está detrás?

–No.

–¿Entonces, qué hacemos? –le preguntó Johan.

–Nada, yo me las arreglo solo. Lo único que les pido... es que no me toquen. No quiero que la sangre me manche la camisa.

En medio de toda esa anarquía que nos impulsaba a las peleas de pasillo, el Salón de Combates era una salvación, una vía de escape frente a los instintos violentos. No teníamos una autorización expresa de la administración, pero Schwarzenegger, luego de entrar a averiguar qué hacíamos, se tranquilizó al ver que habíamos transformado un salón desocupado en un gimnasio de boxeo, con guantes y reglas. Había sido idea de un gringo de catorce años, con apellido italiano y pinta de boxeador irlandés. La primera vez que escuché a sus amigos llamarlo “Silvani”, pensé que era un apodo, pues sólo después él mismo me contaría que a los Estados Unidos habían llegado migrantes de Sicilia.

Mientras todo el mundo estaba en la clase de Inglés, los gringos como Adam Silvani –que en realidad eran veranianos hijos de gringos– acudían al Salón de Combates a mejorar su técnica. Como Poli y yo éramos eximidos de ver la materia, acudíamos allí, para entretenernos con la manera en que Silvani destrozaba a cada uno de sus adversarios, sin distingo de edad.

Rápidamente cambié mi opinión sobre los gringos. Antes de entrar al Salón de Combates, estaba convencido de que lo único que los “americanos” sabían hacer era contaminar todo con su cultura plástica, llenar las avenidas de negocios innecesarios, pasearse con su ropa extravagante y protegerse cobardemente de los “negritos” con sus rifles y camionetas escoltadas. Pero bastó con verlos en plena acción en el Salón de Combates para recordar por qué el boxeo se practicaba en inglés.

Hasta el Indio, un empleado de la correccional, cayó ante la fuerza y habilidad de Silvani. El camarero estaba sin hacer nada a esas horas, y se le dio por asomarse al Salón de Combates. “¿Este es el niño al que nadie le gana?”, preguntó, al ver que se trataba de un jovencito pelirrojo y pecoso que parecía un muñeco de Navidad. “Déjenmelo a mí”, repuso, creyendo que su

experiencia de peleador callejero le ayudaría en esta ocasión. Pidió los guantes, se los puso y retó a Silvani.

Creímos que esta vez tendríamos una pelea equitativa, pero más se demoraron los asistentes en apostar, que el jovencito en derribar al Indio. Le dio un golpe tan recio que fue suficiente para que el camarero no tuviera tiempo de amortiguar su caída, y, como consecuencia, se fracturara el brazo. Claro, la gente salió diciendo que Silvani, y no el piso, le había partido el brazo. Y la leyenda de Silvani creció.

“Un mastodonte”, decían. No se puede pensar distinto de alguien que, según los muchachos, había entrado por golpear a su propio padre; aunque, en verdad, costaba creerles esa versión, puesto que Silvani era uno de los que más se preocupaba por las reglas del boxeo, y evitaba a toda costa peleas por fuera del *ring*. Tanto así, que los bandos de Nandito y de Cuco se habían cansado de proponerle que se uniera a ellos. Tal vez era que había aprendido la noción de justicia allí –como dicen– “a los golpes”, esta vez los del encierro y la soledad.

Yo no veía el modo en que Silvani fuera vencido, pero Poli decía que debía de tener un punto débil. Desde aquella vez, mi amigo se obsesionó con encontrarle el talón a ese Aquiles. Con esa intención, lo examinó durante los días posteriores a la pelea contra el Indio. La búsqueda de su punto débil terminó cuando, una mañana, Poli vio al gringo venir de la cafetería, enseñando una sonrisa de niño que le hacía desaparecer los pómulos dentro de unas mejillas abultadas, y se le atravesó.

Ninguno de nosotros creía capaz al policía de enfrentarse a golpes contra alguien como Silvani, que con sólo un apretón podría destrozar su pequeña humanidad. Creo que fue justamente su fragilidad lo que aprovechó el expolicía esa vez que se le cruzó en el camino a Silvani, pues comenzó a hacer ademanes y sonidos de mono con mucha gracia, mientras el

gringo se divertía de ver aquella criatura dar manotazos en el aire, y nos miraba ingenuamente a todos parados junto a la cafetería.

“¡U-u-a-a-a-a!” hizo Poli, y se le encaramó a Silvani con una agilidad sorprendente, como si se tratara de un hermanito menor al que debía dejar que lo abrazara, y le tomara las orejas y el cabello. No se percató de que, con otra mano, Poli le arrebató el bolígrafo que traía prendido en el cuello de la camisa. El resto de los muchachos vimos volar en dirección a nosotros aquel bolígrafo (costoso, por lo demás), mientras Poli le daba vueltas a Silvani, y una mano de la pandilla se apresuraba a esconder el preciado objeto.

Aquella cara de Silvani al seguir su camino fue la más alegre que pude ver en todo el tiempo que estuve en la correccional. Y el bolígrafo fue el precio de esa alegría. La expresión de Poli era diferente. Con una exagerada prepotencia, volvió a donde estábamos nosotros, metió sus manos en los bolsillos, nos miró, sonrió y se recostó a una pared. Los muchachos lo felicitaron. Estaban maravillados por los nervios de acero que había mostrado Poli al quitarle el bolígrafo al gringo.

Poli aseguró que el robo del bolígrafo al gringo no era nada comparado con lo que había hecho otras veces, alardeando de su pasado de ladrón por diversión. Pero yo no me dejé deslumbrar. Al fin y al cabo, si estábamos allí, en una correccional de menores, era porque algo nos había salido mal, y en el caso de Poli había sido precisamente un robo.

Poli había descubierto el *punk rock*, como muchos de nosotros, por medio de los videojuegos que llegaban desde los Estados Unidos de América. Cuando estudiaba en el Colegio de la Policía, se aficionó, con dos compañeros de estudio, a la música, a los ideales y a la estética *punk*. Era un anarquista disfrazado de autoridad. No veía la hora de salir del colegio, o de finalizar el servicio comunitario en la zona turística, para quitarse el uniforme y vestirse con sus pulseras de taches y pantalones rotos. Solía reunirse con sus amigos a ver los videos de música por Internet, soñando con tener algún día no muy lejano un grupo de *punk*.

En Catamara, una ciudad latinoamericana pequeña y tradicionalista, era muy difícil conseguir la ropa que se veían en los videos musicales; pero Poli y sus amigos se las ingeniaban para estar vestidos como sus músicos preferidos. A pesar de su recursividad, había cosas que les faltaban para completar su atuendo; por ejemplo, las cadenas cruzadas en los pantalones, que eran de vital importancia para comunicar una personalidad más ruda. Poli dijo haber visto unas bastante grandes en el estacionamiento del colegio que quedaba junto al suyo, con las que cercaban los puestos reservados.

–Vamos a robarnos una –agregó.

–¿Cómo?–preguntó Javier.

–Toca romperlas, porque están soldadas –dijo Poli.

–Yo tengo una cizalla en mi casa.

–¿Y el vigilante?–preguntó Michael.

–Hay una parte que el vigilante no puede ver... Tranquilos, que yo me encargo.

Llegado el momento, Poli repasó con su pandilla, a las afueras del colegio, el plan que ejecutarían: Michael debía estar pendiente de la cabina, Poli cortaría la cadena y Javier avisaría si venía alguien que pudiera descubrirlos. Cuando cortaran la cadena, debían meterla rápidamente

en un morral, atravesar la carretera que estaba al frente y correr. El secreto estaba en cortar la cadena con el menor ruido posible en tiempo récord.

La adrenalina se apoderó de ellos. Michael pasó caminando frente al colegio, echó un vistazo a la cabina del vigilante y continuó hasta alejarse un poco de la posible vista de los trabajadores del colegio. Luego hizo una seña de que podían comenzar. Entonces Poli se posicionó al extremo de la cadena y la aprisionó fuertemente con las muelas de la cizalla. La cadena seguía sin desprenderse. Tuvo que pedir ayuda a Javier, el más robusto de los tres. Con este doble esfuerzo, al fin pudieron cortar aquel extremo de la cadena. Poli volvió a mirar a Michael. El gesto de su compañero indicaba que podían continuar. Entonces se fueron hasta el otro extremo. Esta vez lo cortaron más rápido.

Poli metió la cadena en el morral, se lo echó auestas y dio la señal de huir. Al mismo tiempo, se escuchó un grito:

—¡Rateros!

Poli y su amigo no voltearon a mirar quién los acusaba, así como tampoco miraron si venía algún automóvil por la carretera al momento de cruzarla. Llegaron, al otro lado, sanos y salvos, pero un chirrido de llantas les hizo detenerse. Se acordaron de Michael. Cuando voltearon hacia atrás, vieron a su compañero tirado en la avenida frente a un automóvil. Poli miró a Javier y se dio a la fuga, pero Javier lo agarró por el morral.

—¿Te importa más esa puta cadena que Michael?

—¡No! —respondió Poli—. ¡Es que si nos pillan, mi papá me mata! —y se quitó el morral.

La sirena de la policía se aproximaba.

—Ya nos pillaron, Poli.

–¡A este muchacho yo lo conozco! –dijo el vigilante, con pistola en mano, al ver a Michael revolcándose de dolor en la carretera–. ¡Y a ellos también! –agregó, señalando a Poli y a su otro compañero.

Dos agentes, a bordo de una moto, aparecieron a espaldas de Poli y Javier, y se los llevaron a la comisaría. Por su parte, Michael fue llevado al hospital en una ambulancia, donde se recuperó de sus golpes.

Michael y Javier culparon a Poli de ser el autor intelectual y material del robo, y lo acusaron de pretender escapar sin importarle la vida de sus amigos. Poli aceptó que él era el culpable de todo, pero dijo que no había sido su intención el abandonar a sus amigos, sino que, como estaba muy nervioso, no pudo pensar bien. Sus dos compañeros quedaron libres, mientras Poli, por iniciativa del Colegio de la Policía, fue expulsado del cuerpo policial bachiller, negándosele para siempre el grado con libreta militar de primera clase, y asignándosele, como castigo, entrar a la Correccional de Menores Santa Cruz.

Una aglomeración cerca a una de las arquerías de la cancha nos alertó de un incidente.

–¡Una pelea de verdad! –gritó alguien.

Poli y yo nos apresuramos en llegar y abrimos paso entre la multitud. La pelea había comenzado. Silvani y su oponente, un gordo de su mismo salón, tenían rastros de agarrones en sus camisas. Sin embargo, no estaban en posición de combate.

–¿Sabes qué, pedazo de gringo? Ya estoy harto de que te aproveches de todos –dijo el gordo, señalando a su rival.

–¿Aprovecharme? –preguntó Silvani en perfecto español.

–Sí, en el boxeo.

–Es sólo un deporte.

–¿Ah sí? Pues yo te voy a enseñar lo que es un deporte de verdad –y lo empujó.

Silvani echó una mirada alrededor:

–No voy a pelear contigo aquí. Te espero en el Salón de Combates.

De inmediato, la noticia volvió a hacer eco por todo el patio: “¡Pelea, pelea!”. Poli y yo seguimos a Silvani, quien arrastraba mayoría de simpatizantes. Sin pronunciar palabra, el gringo entró al improvisado cuadrilátero, se quitó la camisa y se puso los guantes de boxeo. Más atrás entró el gordo.

–Allí están tus guantes –le dijo Silvani.

–No me los voy a poner.

Silvani se quedó mirándolo a los ojos seriamente:

–*Okay, whatever* –dijo el gringo, y se quitó sus guantes y los arrojó al piso con rabia, primero el uno y después el otro, porque hasta en la crueldad era equitativo.

Se pusieron en posición de combate. Era una pelea de pesos pesados. Por la contextura gruesa de ambos, sabíamos que no iba a ser una pelea de golpes rápidos. Silvani no era gordo, pero sí alto, y ese peso de sus huesos equivalía a la gordura de su rival. La baja estatura del gordo, a simple vista, le representaba una ventaja, pues Silvani debió adoptar una postura corva, bastante incómoda para cualquier atleta. El gordo puso las condiciones desde el principio: comenzó a mover sus pies en tijeras y a desplazarse lateralmente por el cuadrilátero, esquivando los golpes cortos del gringo. Sabía que podía adivinar el destino de los golpes de Silvani y esquivarlos fácilmente. Pero nosotros dudábamos de su capacidad para aguantar la acechanza del gringo, quien gozaba de un excelente estado físico.

Preguntamos el motivo de la pelea, y nos dijeron que era por un simple bolígrafo. Silvani creía que el gordo había sido el ladrón, ya que había aparecido con uno igual. Lo primero que hice al enterarme fue mirar la cara pálida de Poli, quien se aguantó de confesar la verdad por miedo a que los gringos le dieran una paliza a él, y porque el gordo era un orgulloso que todo lo quería resolver a las malas. Nos limitamos a ver que el gordo se cubría y daba cortos pasos hacia atrás con el fin de que Silvani se fatigara lanzando golpes fallidos.

Pero, como todos los genios, Silvani entendió algo: una pelea sin guantes, ya no es boxeo, es simplemente riña callejera; y en la calle, no hay reglas. Así que, dando un paso de gigante, le pisó uno de los zapatos. El gordo no pudo echarse lo suficientemente hacia atrás, por lo que recibió un impacto en la frente. Luego otro y otro. Al tercero, ya Silvani había descuidado su defensa. Entonces el gordo le dio un golpe al gringo en la barriga que lo hizo recular, adolorido.

–¿Eso es lo único que tienes, Silvana? –dijo el gordo, complacido de ver cómo se le endurecía la boca a Silvani–. ¡Dame más, muñeca!

El aludido soltó una grosería en inglés. Inmediatamente arremetió contra su rival, motivado por un eco de frases que lanzaban los demás gringos. El gordo lo recibió con un puño similar al anterior, aunque fallido, pues, desde donde estaba, su corto brazo sólo logró rozar la cara del gringo. Silvani abrió los brazos, para esquivar el puño, y, con una velocidad sorprendente, volvió a unirlos, pero con la cabeza del gordo en la mitad, como quien golpea un bombo por ambos lados a la vez. Eran el arte y la violencia juntos, en aquella tarde en la que el gordo cayó sobre un cuadrilátero pintado de azul.

CHAPTER II

Johan había hecho un trato con el camarero para que nos dejara entrar a la parte posterior de la cafetería y comer en una sala que él tenía a su disposición, sobre unas mesas más cómodas que las del resto de la cafetería. Todos los días, antes de ingresar, tocábamos la puerta, el Indio preguntaba: “¿Quién?”, y Johan, entre risas, respondía: “Marihuana”.

Allí noté que Poli seguía jugando al ladrón por diversión de una manera mucho más peligrosa. En una ocasión, luego de que acabamos de almorzar, el camarero llamó aparte a Poli y le entregó unos fichos. Por regla de la correccional, cada interno tenía derecho a un solo ficho por hora de comida, pero Poli salió de la sala con varios de ellos en sus manos. Yo me fui detrás de mi amigo con el pretexto de ir al baño. Desde lejos, pude ver que hizo dos veces la fila. No sabía cuánto tiempo llevaba Poli en ese negocio, solo vi que hizo dos filas con una naturalidad sorprendente, sin que el administrador de la cafetería se percatara.

Como amigo suyo que era, quería hacerle ver la gravedad de su error, pero antes debía de conocer a fondo sus intenciones:

–Poli, si voy a andar contigo necesito saber qué es lo que haces.

–Dime qué quieres saber.

–¿Qué haces con los platos de comida que te robas de la cafetería?

–Ya mismo te muestro.

Poli me llevó a los lavaderos. De la parte inferior de uno de ellos, sacó su morral, lo abrió y me mostró una fiambarrera al fondo.

–Esta es la comida de hoy. Ahora acompáñame.

–¿No es peligroso?

–No. ¡Ya verás!

Subimos a la zona de los dormitorios. Poli me llevó por una parte a la que nunca había entrado. Llegamos al final de un pasillo y nos detuvimos frente a la última habitación. Mi amigo tocó la puerta. Sentí unos pasos y un ligero temblor allí dentro, como si estuvieran acomodando algo antes de abrir. Luego, se entreabrió la puerta y un chico saludó a Poli. A mí me reparó de pies a cabeza y preguntó:

–¿Este qué hace aquí?

–Viene conmigo. Es de confianza.

–Está bien.

Cuando se abrió por completo la puerta, todos me miraron con espanto: Fefe estaba en una esquina de la habitación, sentado sobre una cama, con una botella alcohol en la mano, y departiendo con otros cinco “niños ricos”, de los cuales uno me llamó la atención por tener la piel oscura como la mía, algo raro entre ellos. Estaban escuchando *punk rock* en una grabadora. A ese grupo no entraba nadie que no fuera de familia adinerada. Sólo a dos de los muchachos que estaban en esa habitación se les notaba claramente, por su actitud, que no pertenecían a ese círculo, sino que estaban allí para servirles, entre esos el que nos había abierto la puerta, quien les dijo refiriéndose a mí:

–Es de confianza.

–Hola, mi gente –agregó Poli.

Entonces se tranquilizaron, alzaron el volumen de la grabadora y continuaron en lo suyo, como si Poli y yo no hubiéramos entrado. Fefe era el centro de esa conversación. Hablaba de los

conciertos de *punk* a los que había asistido en los Estados Unidos, donde sus papás tenían varias residencias, como si se tratara de salir al patio de su casa. También hablaba de amigos y situaciones en común con los otros cinco. Alcancé a escuchar algunos nombres de lugares de Britanilla, que todos ellos conocían, y supuse que eran amigos desde antes de entrar a la correccional.

–Jair, aquí traje la comida –le dijo Poli al chico de la puerta.

–Déjame verla.

Jair tomó la fiambra, la abrió, miró la comida y la volvió a cerrar. De uno de sus bolsillos, sacó un dinero y se lo dio a Poli.

–Pueden sentarse acá –dijo el portero, quien nos mostró un sofá junto a la Puerta, que hasta el momento solo ocupaba el otro sirviente–. Aquí hay bastantes panes con gaseosa –agregó.

–Acá también tienen ron, si quieren –dijo Fefe, mostrando la botella que tenía consigo.

Jair nos acercó la botella a Poli y a mí. Yo le hice señas de que no quería, pero Poli se sirvió dos tragos.

–El de él y el mío –y se los tomó.

Luego, Jair se levantó del sofá, se acercó a los “niños ricos” y les dijo:

–Aquí tienen pollo.

Entonces dos de ellos comenzaron a picar con las manos la comida de la fiambra. En ese momento, llamaron a la puerta. Jair la entreabrió:

–¡Caramba, *profe*, pase!

Era el profesor de Biología. Nos miró a Poli y a mí con cara de susto. El profesor puso su semblante más serio:

–Aquí tienen –sacó de su maletín dos latas de cerveza y se las dio al compañero de Jair–.

Que se diviertan –y salió.

Los “niños ricos” ni se inmutaron.

–¿Qué pasa con ese profesor? –le pregunté a Poli, sin que nadie más escuchara.

–Es que Jair y John son sus amigos. ¿Me entiendes? Él es *gay*.

–¿Y Jair y John también?

–No, ellos tienen sus novias, pero a veces se rebuscan así.

–¡Esto sí es vida! –dijo Jair, con la cerveza–. Me hace recordar las fiestas de mi barrio.

Los “niños ricos” soltaron la risa, y siguieron sirviéndose más ron.

–John, bota esto –dijo uno de ellos.

El aludido se levantó, recibió la fiambarrera, aún con más de la mitad de la comida que había llevado Poli, y se metió al baño. Yo miré a Poli para ver si estaba viendo lo mismo que yo, pero, en cambio, mi amigo estaba concentrado en seguir la batería de las canciones que salían de la grabadora, dándose palmadas sobre sus muslos.

–¿Te gusta Blink 182? –le preguntó Fefe.

–¡Sí! –respondió Poli.

–Te regalo este CD –Fefe paró la música, sacó el CD de la grabadora, lo metió en su estuche y se lo lanzó a Poli, quien lo recibió en sus manos–. ¡Cuando Blink era Blink!

–¡Gracias, mi hermano!

Al instante en que otro CD comenzó a sonar, escuché que John bajó la palanca del inodoro del baño. Se acababa de tragar la comida que habían dejado Fefe y sus amigos.

–Poli, ¿viste que botaron la comida?

–¿Cual comida?

–La que trajiste.

–Eso es problema de ellos. Yo ya tengo lo mío –dijo, sin quitar la mirada del CD.

Volví a confirmar que mi “amigo” era una bomba de tiempo. Si no le importaba que botaran la comida, tan apetecida en la correccional, cualquier día podría convertirse en un monstruo por unos cuantos billetes y un CD de *punk*.

–Vámonos, que ya vi demasiado –le dije.

–Quedémonos otro rato.

–Te quedas tú solo, yo me voy.

–Okey, nos vamos.

Durante el día de visitas, a Marcelo le tocaba atender a un par de mujeres, las cuales, sin reprocharle la presencia de “la otra”, hacían fila obedientemente para conversar un rato con él. Y sin embargo, era sabido que Marcelo esperaba a una rubia anoréxica que, por prejuicio social, nunca se atrevería a visitarlo.

A Silvani sólo lo visitaba su padre. No tenía permiso de recibir a nadie más. El señor Silvani le había impuesto ese castigo. Pero, después de todo, su situación no era tan mala comparada con la de Chirry, al que no lo visitaba nadie. Cuando Poli y yo vimos el tamaño del papá del gringo, al fin creímos que nuestro amigo tenía tan sólo catorce años. ¡Cómo no iba a ser un gigantón si lo llevaba en los genes!

Por los lados de Nandito, desfilaba mucha gente extraña: hombres con ropas extravagantes y mujeres que, aunque bien vestidas, se les notaba la “malicia” en la mirada. Tanto ellos como ellas llegaban en carros y motos lujosas, mascando chiles y con gafas oscuras que no se quitaban ni a la sombra.

A mí no me gustaban las visitas. Me ponían incómodo. Prefería las llamadas. Así podía controlar más mis emociones. El día de visitas nos distraía de la soledad. Para mí, era el momento de adivinar quiénes eran los familiares de los demás, por el parecido de sus rostros, y de reírme de las ropas y los peinados de los visitantes.

Cumplido cuatro meses de encierro, me informaron, justo durante un día de visita, que una gringa me esperaba al interior de la casona.

—¿Una gringa?

—Sí, dice que quiere hablar contigo.

Cuando ya estaba llegando a la mesa número cuatro, la distinguí: era mi madre. De tanto convivir con ella, se me había olvidado que aquella mujer blanca de nombre Elizabeth Patterson podría confundirse con una gringa. ¡Qué gracia me hizo!

Apenas me acerqué, me arropó con su abrazo. Por entre el cabello de mi madre, pude ver que los chicos no entendían por qué esa señora tan refinada y elegante, con su sombrero de ala ancha, gafas oscuras y sandalias altas, me tenía entre sus brazos.

–Sé que, después de esto, vamos a ser una mejor familia –me dijo.

–Yo también.

–La casa se siente sola sin ti. Me hacen falta tus ocurrencias.

–Tú también me haces falta, mami.

–Tu hermano te mandó algo –sacó de su bolso una gorra blanca de los Yankees que me deslumbró por completo.

–¡Está brutal! ¿La trajeron de los Estados Unidos? –pregunté, como si eso significara el cielo.

Mamá interrumpió nuestra conversación porque no podía creer que hubiera internos tan viejos como Cuco, que a su juicio sobrepasaba los diecisiete años. No se podía esperar más de una señora que vivía confiada de que los notarios no podrían cambiar un pequeño número en la partida de nacimiento para prolongar por un año la estancia de cualquiera en un centro de reclusión de menores.

A veces me preocupaba que mi madre viviera en una sociedad tan peligrosa como la nuestra. Si yo tenía una motivación en ese entonces para seguir viviendo, era ella. ¿Cómo hacía para tomar un bus en Catamara donde la podían robar solo por su aspecto de extranjera? No sé, pero yo quería salir a protegerla.

–¿También usan prendas aquí dentro? –me dijo mirando a Nandito, que ostentaba una cadena de oro.

–Sí, mami... ¿Te puedo pedir algo?

–Claro.

–No le cuentes a mi papá nada de lo que ves acá.

–No te preocupes, mi amor.

Papá nunca iba a visitarme. De hecho, había sido idea suya la de no intervenir a favor de mi proceso. Le pregunté a mamá si papá seguía resentido conmigo. Ella me dijo que no lo estaba, sino que quería mostrarse fuerte para que yo cambiara. Su filosofía de vida era que si a él lo habían educado con mano firme, y el resultado había sido positivo, entonces lo mismo haría conmigo y mis hermanos.

Al marcharse mamá, se me vino encima un grupo de curiosos: “¿Quién es esa? ¿Tu novia?”. Entonces recordé a la gente que me había preguntado lo mismo, cuando mamá y yo salíamos a pasear por las calles de Catamara, tomados de la mano, ante la insistencia de los cambistas ambulantes que le ofrecían: “Dollars, dollars, madam”.

–¿Es bonita, cierto? –les pregunté a mis compañeros.

–Sí, sí. Un poco mayor, pero está buena, compa –me dijo un amigo, creyendo que yo era otro Marcelo.

–Bueno, ella es mi mamá.

Se les cayó la cara de la vergüenza. “Perdón, compa, es que...”, “Huy, que pena, *bro*”, “...está muy joven para ser tu mamá”; mientras los gringos no entendían “what the heck” hacía una blanca como madre de un piel oscura como yo.

–¡Los milagros de la naturaleza!

Claro, yo los entendía. Al lado de mi madre, yo era negro.

–Compa, *¿is she really* una gringa? –me preguntó Silvani.

–Digamos que era gringa, pero ya no.

Desde que entré, me había dado la impresión de que el trato tan despectivo que recibía Chirry se debía a algo más que la simple hilaridad que despertaba su manera de ser. Era cierto que sus extraños tics y su forma atropellada de hablar causaban gracia, pero a veces las burlas limitaban con el odio. Para salir de dudas, una noche lo convencí de que me contara más de su pasado en la correccional.

Me dijo que, cuando se supo el resultado de aquel fatídico examen médico, aceptó su adicción y decidió que no valía la pena seguir comprando droga. Esto, evidentemente, causó una reacción en Nandito, quien se jugaba el pellejo de una manera muy peligrosa como para que alguien decidiera, así nomás, dejar de comprarle. Sin tantas explicaciones, Nandito incitó a sus compinches a que trataran mal a Chirry, y ya llevaban un año en eso.

Al conocer esta historia, comencé a estar pendiente de Chirry un poco más. Ya que me había ganado el aprecio de varios internos, supuse que era mi obligación usar esas influencias para integrarlo a otros grupos, o al menos, ayudarlo en lo que pudiera. Aunque con poco poder en la correccional, me sentía capaz de inclinar la balanza a su favor. A partir de allí, comencé a mediar en situaciones en las que Chirry era víctima de abusos.

La vigilancia a Chirry me llevó a ser testigo de un hecho durante la hora del almuerzo: Nandito llamó a Johan y dijo algo señalando a Chirry, quien estaba comiendo solitario en una mesa de la cafetería. Entonces Johan se acercó a mi compañero de habitación, lo amenazó con pegarle, le quitó la comida y la botó en una de las canecas de basura. Los guardas, como siempre, no estaban por allí para defenderlo.

Chirry parecía estar acostumbrado, simplemente se cruzó de brazos ante el abuso de Nandito y sus amigos. Yo no iba a permitir que mi compañero se quedara sin almorzar, pero

tampoco podía enfrentarme a Nandito ni a mi propia pandilla. Debía actuar con mucha sabiduría. Entonces recordé que Poli andaba en negocios de comida.

Cuando estábamos dentro de la cafetería, llamé al expolicía a un lado de la bodega mientras los demás comían:

–Poli, necesito que me metas en tu negocio.

Se echó a reír:

–¿Tú?

–Después te cuento que pasó. Dame uno de tus fichos.

–Sólo tengo uno.

–Pide otro.

Se acercó a la puerta de la cocina y silbó. Al momento, salió el Indio.

–Dame otro ficho.

El Indio miró hacia atrás a ver si lo estaban vigilando. Del bolsillo derecho de su pantalón, sacó el ficho y se lo dio. Poli me lo pasó y salimos a hacer la fila. Con los almuerzos en nuestras manos, nos fuimos a los lavaderos. Allí le expliqué a Poli que íbamos a darle un almuerzo a Chirry porque Nandito le había quitado el suyo.

–El dinero que nos pague Fefe se lo daremos todo al Indio –le dije a Poli–. Hoy no vas a ganar nada, pero Chirry va a estar bien. ¿Okey?

–Okey. No hay problema.

Entonces tomamos la fiambra y la dividimos en dos partes: una la dejamos en el morral bajo el lavadero y la otra la subimos a la zona de los dormitorios. Tocamos la puerta de la habitación de Fefe y nos abrió Jair:

–Adelante. Ya iba a bajar a buscarte, Poli.

Saludamos a Fefe y a sus amigos, y Jair le dio un billete a Poli:

–¿Quién de ustedes me hace un favor? –preguntó uno de los “niños ricos”.

–Yo –dije, pensando que, con el dinero que los “niños ricos” daban como pago de favores, podía pagarle a Poli.

–Ve a buscarme una caja de cigarrillos que me tiene Marcelo. Dile que es de parte de Charly.

Al llegar al pie de las escaleras, busqué primero a Pepo. Lo encontré hablando con sus amigos.

–Pepo, Nandito le quitó el almuerzo a Chirry y se lo botó, pero yo le conseguí otro. Así que necesito que lo busques para entregárselo. Te lo voy a dar en el baño. Entra por la puerta derecha. Yo voy a entrar por la izquierda.

–Bueno.

De inmediato, me fui al lavadero, saqué la otra parte de la fiambra y entré por la puerta izquierda. Pepo me estaba esperando con su morral abierto.

–Ahora sal por esa misma puerta –le dije–, vete adonde estabas sentado y le pides a alguien de confianza que te lo guarde mientras vas a buscar a Chirry. No dejes que Nandito lo vea comiendo, porque puede averiguar de dónde sacamos la comida.

Era el turno de buscar a Marcelo. Lo vi hablando junto a la cancha, por el lado de las piedras. Le di la razón y me entregó el paquete.

Subí otra vez acompañado de Poli. Como pago del favor, Charly me dio dos cigarrillos. Yo le agradecí y salí de aquella habitación.

–¿Dos miserables cigarrillos? –le dije a Poli.

–¡Eso es bastante plata! Dámelos.

–Yo no patrocino vicio ajeno. Los voy a botar.

–¡No! Págame lo que me debes –dijo, y me quitó los cigarrillos–. Son de los buenos –
agregó mientras los contemplaba–. Ahora los vendo bien caro.

Al día siguiente, durante una clase de Química, el profesor llamó a Chirry al tablero. Mi compañero de habitación, al igual que en tantas otras ocasiones, no supo resolver el ejercicio, y, como consecuencia, el profesor le puso una mala calificación.

–¡Tienes cero! –le dijo.

–Profesor... –contestó Chirry, sonriendo de puro nerviosismo.

–Nada. Cero y se acabó.

–Es que se me olvidó...

–¡Cero! –dijo, el profesor implacable, como si encontrara gusto en aquel episodio que despertaba risas por doquier, incluso la del mismo Chirry.

Acabada la clase, el profesor se marchó y todos comenzaron a gritarle:

–¡Tienes cero!

Y el pobre se reía y se reía.

–¡Tienes cero! ¡Cero!

Nandito y sus compinches lo rodearon, lo llevaron contra la pared, y, cada vez que decían la palabra “cero”, le daban un manotazo en la cabeza. Las cosas se fueron agravando: los golpes se iban haciendo cada vez más toscos. Pude advertir que Chirry se babeaba, y cambiaba su rostro de felicidad por temor, y viceversa. Nandito, no contento con los manotazos, comenzó a darle patadas, una y otra y otra vez, mientras Chirry, mucho más serio, trataba de defenderse con las manos.

Yo no aguanté más. Me abalancé sobre la espalda de Nandito, lo tomé por el cuello y lo saqué de ese embrollo. Entonces se me abalanzó a darme puños. Yo le di uno en el pecho que lo empujó, y luego, lo embestí, arrastrando sillas a nuestro paso, y lo lancé hacia la otra pared del salón.

Allá cayó al suelo, cuan pequeño era. Al instante se hizo silencio. Tanto Nandito como el resto del grupo estaban sorprendidos al ver mi comportamiento. Mi oponente se puso de pie, sin quitarme la vista de encima. El resto, aún sus amigos más fieles, no se atrevía a ponerme una mano encima. Nandito tuvo que dar la orden de que me agarraran. Entonces obedecieron tímidamente. Creo que habría podido soltarme, pero me quedé allí esperando un nuevo movimiento de Nandito para actuar. De reojo, vi que Poli estaba muerto de miedo.

–¡Te voy a matar, marica! –dijo Nandito con una vocecita igual de pequeña que él.

Se vino caminando, desde el otro lado del salón, y, antes de que se acercara demasiado, escuché un grito mágico:

–¡A ver, allá!

El salón entero me miró espantado pero yo no había dicho eso. Yo estaba allí sujeto, con la boca apretada. El grito había venido de la entrada del salón. “¡A ver, allá qué pasa!”, volvimos a escuchar, y los amigos de Nandito me soltaron inmediatamente. Schwarzenegger entró con un guarda, a través del paso que le concedía la gente, y tomó a Nandito por el brazo. Este le dijo que yo lo había empujado, y fue cuando el guarda me agarró. A ambos nos llevaron a la Coordinación de Disciplina.

Ante la pregunta de quién había iniciado la riña, dije la verdad: que Nandito había agredido a Chirry y que yo tuve que meterme a defenderlo. Nandito casi ni habló, porque ya el exmilitar lo traía entre ojos, mientras que a mí me tenían por artista. El castigo que le dieron fue el de pasar el resto del día en la azotea de Santa Cruz, tapando con brea las grietas por las que se metía el agua lluvia. A mí, en cambio, me mandaron a clases.

Las horas que siguieron fueron terribles. Era casi medio día cuando Nandito fue conducido a la azotea. Allí lo esperaba un sol inclemente que duraría hasta las seis de la tarde.

De sólo imaginar el cuadro de la tortura, los amigos de Nandito estaban recelosos conmigo. Sin embargo, por el aprecio que muchos me tenían, se determinó no tomar venganza durante las próximas horas, en las que Nandito estaría allá arriba. Escuché que sus amigos convinieron esperar a que el mismo líder resolviera la situación al regresar.

A estas alturas, no me fiaba de nada. Temí que me pasara algo como la treta contra Marcelo. Afortunadamente, Chirry y Pepo se ofrecieron a pasar la noche en vela conmigo. Con la puerta asegurada a fuerza de camas, estuvimos hablando en voz baja sobre lo que podríamos hacer para salvarme de una paliza. Ambos se ofrecieron a pelear a mi favor, pero yo quería estar solo. No quería darle más problemas a Chirry de los que ya tenía.

Al menos sabía que si convencía a Nandito de que nos fuéramos al Salón de Combates, yo podría ganarle en una lucha de igual a igual. Esa era mi esperanza. Y si no... Si no se planeaba una pelea de igual a igual... ya todo quedaría en manos de Dios.

A primera hora, la clase de Matemáticas se convirtió en una funeraria en la que me estaban velando antes de matarme. Los amigos de Nandito fingían, entre ellos, ser mis rivales. Digo *fingían* porque yo sabía que, en el fondo, muchos querían acercárseme y pedirme que les hiciera un tatuaje, que les cantara una canción o que les representara una parodia. Los demás, los oprimidos, quienes eran la mayoría, me miraban con cara de recocijo. Tampoco se atrevían a acercárseme, pero sus sonrisas lo decían todo.

Durante la formación que tenía lugar antes del almuerzo, Poli no me dejó solo. Nos organizamos en filas y nos enumeramos. Allí vi que traían a Nandito, con la cara roja como un tomate. Tan pronto llegó, le asignaron un lugar en la fila, a unos puestos delante de mí. De vez en cuando, giraba su cabeza, cual toro de plaza, y me miraba con el odio derramándosele por los ojos. Sus amigos aprovecharon que apenas estaba iniciando la formación para darle saludos de bienvenida.

Como era costumbre, dieron la orden de entonar el Himno Nacional. Yo sólo observaba a Nandito y su gente, recordando cuántas veces se habían servido de mí. En ese estado de ingravidez me sorprendió el profesor de Ciencias Políticas:

–Hágame el favor, joven –dijo, y me separó del grupo.

–Dígame, profesor.

–Usted por qué no canta el Himno Nacional –«lo que me faltaba: un regaño por no cantar el Himno», pensé.

Fui llevado a la Coordinación de Disciplina nuevamente, esta vez por antipatriota.

–¿Qué pasa con usted, jovencito? –preguntó Schwarzenegger–. Cuando no es por una cosa, es por la otra.

–¡Yo no he hecho nada malo, señor!

–Usted sabe que una de las reglas de este internado dice que debe cantar el Himno Nacional. ¿Por qué no lo estaba cantando?

–Nunca lo canta, señor Coordinador –dijo el profesor.

–¿Es cierto? –me preguntó.

–Sí, señor –le dije.

–¿Cantar el Himno va contra su religión?

–No, señor.

–Entonces no tiene excusa.

Creo que de haber dicho que sí, me habría evitado más problemas. Pero ya era demasiado tarde y debía buscar otra excusa para que me dejaran concentrarme en lo que realmente me preocupaba.

–No lo canto porque no me lo sé –le dije.

–¿Cómo así?

–Es que yo no soy de aquí.

Inmediatamente, el Coordinador buscó en sus archivos la copia de mi documento de identidad y leyó en voz alta:

–“Manuel Ruiz Patterson”... “Catamara, República de Verania”... Dejémonos de mentiras, jovencito.

–En teoría soy de aquí... pero si observa mi segundo apellido, verá que mi mamá es gringa. Ella me crió como un ciudadano norteamericano, y pues... nunca me inculcó amor por el himno de Verania.

–Pero me imagino que por el de los Estados Unidos sí.

–Por supuesto, señor.

–Bien, dígale al joven Adam Silvani que venga –le ordenó al profesor.

Sospeché que lo traerían para corroborar que me supiera el himno del país del norte. Sentí temor porque sólo recordaba la melodía. Entonces caí en cuenta de que si Schwarzenegger mandaba a buscar a un tercero, y el profesor obedecía, era porque ninguno de los dos se lo sabía. De modo que mi última carta era escoger una letra que me supiera, y confiar en que Silvani entendiera mi locura.

El profesor regresó con el gringo y se fue a continuar con sus asuntos. El Coordinador le ordenó a Silvani que me escuchara cantar y le dijera qué canción era aquella que saldría de mi boca. Entonces tomé aire y canté, con la misma melodía del himno de los Estados Unidos de América, la letra de *Teenage Politics*, una canción *punk rock* que los internos habíamos convertido en nuestro himno de adolescentes incomprendidos.

*No, I'm not mad
but I think they forget
what it's like
and how hard it's
to be a teenager.*

–Pare allí –me dijo Schwarzenegger–. ¿Qué fue eso? –le preguntó a Silvani, que no comprendía del todo lo que sucedía–. ¿Qué canción es esa, Silvani?

El gringo me miró a los ojos y leyó mi angustia.

–El Himno de los Estados Unidos de América, señor –dijo con resolución.

–Entonces cante con él.

Silvani se puso más pálido de lo que en realidad era, pero se lanzó a la aventura. Ambos, sacando pecho, cantamos a coro con la misma melodía anterior:

*This is a new day and age,
we read a different book
where Elvis ain't the rage
and polyester ain't the look.*

–¡Suficiente, pueden retirarse!

De vuelta al patio, mientras caminábamos por un pasillo de la casona, ¡cómo nos tocó aguantar la risa! ¡Elvis Presly metido en el himno de los Estados Unidos! Silvani me preguntó qué había pasado y le conté todo sin perder detalle. No paraba de reírse. Desafortunadamente, la luz que entraba por la puerta a la que nos dirigíamos nos recordó que allá afuera nos estaban esperando. Entonces el gringo me detuvo:

–*Hey*, Nitro. Sé que tu problema es con Maldito, pero si sus amigos se meten, yo me meto.

–¿Y tus amigos qué?

–También. Stewart y Dexter se meten si la cosa se pone muy *heavy*...

–Okey, gracias, mi compadre.

–Yo salgo primero –dijo Silvani, y se adelantó. De un momento a otro, se dio vuelta, sonriendo, y, proféticamente, sentenció–: *Bro*, ¿sabes qué? El *box* no es lo tuyo. ¡Como actor te irá mejor!

Sólo más tarde comprendería sus palabras. En ese momento, me parecía estar muy lejos del arte y las mieles de su paz. La formación ya había acabado, se acercaba la hora del almuerzo y lo más probable era que Nandito no esperara más para arreglar cuentas conmigo. Yo aspiraba a que se le hubiera apaciguado un poco la ira con tantas interrupciones.

Los profesores se retiraron a comer dentro de la casona. Al cruzar por la cafetería, vi a un pequeño grupo de internos haciendo la fila para retirar su almuerzo. En cambio, en el patio, una multitud se aglomeraba alrededor de la cancha, esperando el desenlace de la pelea. El bando de Nandito se ubicó frente a los baños, y el de Cuco a un lado de la cancha. Algunos estaban sentados sobre los lavaderos, que milagrosamente resistían a tanta gente; otros, habían sacado sillas de los salones para estar más cómodos; mientras la mayoría se encontraba de pie. Los gringos, como siempre, no figuraban en ninguna parte, aunque sabía que sus ojos estaban puestos en mí desde sus escondites.

Lo que más me lastimaba era ver tantas caras sin sonreír. Nunca me habían dirigido tantas miradas así, con una mezcla de lástima e impotencia, porque, a pesar de todo, sabía que les parecía injusto lo que iba a ocurrir. Entonces me llené de valor y caminé al centro de la cancha:

–¡Atención –les grité–, que el juego está por comenzar!

Todos rieron al reconocer que estaba imitando la voz de un famoso narrador de fútbol. Algunos me brindaron palmadas de sinceridad en la espalda. Otros, sin embargo, no se atrevieron a acercárame, pues Nandito los observaba desde la entrada del Salón de Combates.

–Vas para el infierno y vas riendo –me dijo Johan, entre dientes.

–Ya que no me salen las lágrimas, me toca reír –le dije, dándome vuelta, y vi que Nandito aún permanecía allí y le daba a guardar a un amigo su cadena de oro.

Mi oponente le repetía, a un amigo del salón de Cuco, las mismas amenazas que había lanzado contra mí, tratando de contarle lo sucedido, con su vocecita característica y unos ademanes que demostraban su inestabilidad emocional como consecuencia de su adicción a la droga. Al igual que en anteriores ocasiones en que lo vi nervioso, alzaba los pies mientras hablaba y manoteaba.

–Ahora sí Nandito te va a demostrar por qué le dicen “Maldito” –me susurró Gabriel, con la intención de ponerme nervioso.

–¿Qué dijiste?... –le pregunté fingiendo la vocecita característica de Nandito–. ¡No me digas “Maldito”, porque te chuzo!

Al unísono, los que estaban más cerca de mí, soltaron una risotada; y los de atrás terminaron de completar una especie de círculo que se había formado a mi alrededor, esperando que continuara con la imitación. Entonces noté que también Nandito volteó a mirar por qué la gente se reía, y supe que esa era mi oportunidad. Ya me había tomado confianza. Podría ganar al menos esa batalla, la de las palabras. Ahora mi enemigo estaba en condiciones de escucharme interpretar su papel frente a él.

–Te lo advierto, te lo advierto –seguí, alzando exageradamente los talones, como si estuviera descalzo sobre un tejado de cinc caliente–. ¡No me digas “Maldito”, porque te chuzo, marica, te chuzo!

Las risas se contagiaban unas a otras, y los que más se burlaban eran los de la pandilla de Cuco. En medio de mi nerviosismo, me pareció advertir que Nandito mostraba una sonrisa cínica.

–¡Y tú no te rías de mi bronceado porque también te chuzo! –le grité a Nandito, con la misma vocecita suya, mirándolo a los ojos, mientras veía que la gente se tumbaba a carcajadas

sobre los lavaderos y las sillas, y que hasta el mismo Nandito se dejaba contagiar de la alegría de los demás.

De repente, mi enemigo estaba igual de feliz, riendo como un bebé que explora su imagen en el espejo, viéndome alzar los talones, sin darse cuenta de que ese gesto nervioso que él sabía muy suyo era ahora mío, fingido, sí, pero tan mío como mi gorra de béisbol. Entonces Nandito, aún sonriente, se acercó hacia mí. Todos callaron.

–¿Sabes qué, “Nandito”? –me dijo–. Dejemos esto así –me dio una palmada en el hombro y se alejó a paso lento–. ¡Bueno, señores –gritó a la multitud–, se acabó el circo! ¡Hora de comer!

Por muy optimista que fuera, nunca me esperé semejante desenlace. La profecía de Silvani se acababa de cumplir.

–¿Es verdad eso que dicen, que le pegaste a tu papá?

Silvani sonrió y negó con cabeza mirando hacia otro lado. De repente, su sonrisa se desapareció:

–No fui yo... Bueno, sí fui yo, pero el diablo se me metió.

El señor Silvani, un boxeador frustrado, metió a su hijo en clases de boxeo en un gimnasio de donde habían salido varias glorias del Caribe. Cada tarde, después del almuerzo, Adam se iba para el coliseo, mientras su padre se marchaba rumbo a su trabajo. Un buen día, la disciplina de Silvani se vio comprometida por una visita inesperada. Su tía de Miami llegó a radicarse en Catamara con su esposo y su hija, una rubia de quince años llamada Samantha, a la que no había conocido personalmente, pero que lo flechó con su sonrisa apenas se vieron.

Después de varios paseos familiares por la paradisíaca Britanilla, los primos se enamoraron. Como el señor Silvani le había conseguido a su hermana una casa cercana a la suya, Adam y Samantha se veían a menudo. Para disimular el amor, comenzaron a verse a escondidas. Él salía para el gimnasio, practicaba tan solo una hora y se encontraba con Samantha a la salida. De allí, se iban a la casa de Adam para poder besarse sin temor a ser descubiertos, aprovechando que la vivienda quedaba sola por la tarde.

La estrategia funcionó hasta el día en que al señor Silvani se le quedaron en casa unos documentos importantes que debía llevar a su lugar de trabajo. Mientras cruzaba por el pasillo que conducía a su habitación, distinguió unos cuerpos entre la puerta mal cerrada del cuarto de Adam. La terminó de abrir: se encontró a su hijo con su sobrina besándose apasionados.

–¡What’s going on here!

Los primos se separaron bruscamente. Samantha se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar. El señor Silvani entró al cuarto, tomó a Samantha por el brazo y, cuando iban a cruzar la puerta, la soltó y le pegó un manotazo en la espalda que la estremeció:

–¡Hurry up!

Adam se incorporó de la cama, se llenó de ira y se abalanzó contra su padre:

–¡Don’t hit her!

El señor Silvani no alcanzó a girar la cabeza en dirección a su hijo cuando sintió un golpe en el pómulo. De inmediato, se llevó la mano al rostro, y al mirar sus dedos, vio una pequeña mancha de sangre. Samantha estaba estupefacta por lo que acababa de ver.

–¡Corre, Samantha! –gritó Adam–. ¡Get out!

La joven emprendió la carrera y desapareció tras cruzar la puerta principal de la casa.

–Si a mí no me obedeces, tendrás que obedecer las leyes de este país.

El señor Silvani cerró la puerta del cuarto y le echó llave por afuera. Adam sólo escuchó vagamente una llamada telefónica de su papá hablando en inglés: “Estaban en el cuarto besándose... Sí, lo mejor será que la mandes de regreso a los Estados Unidos... Que no se vuelvan a ver más nunca. Él no la llamará, yo me encargo de eso... No te preocupes”.

En la noche, llegaron agentes de la policía a interrogar al muchacho y al papá, quien los había llamado para judicializar a su propio hijo, como una forma de mantenerlo aislado durante un buen tiempo de su prima. A la mañana siguiente, Adam Silvani ya estaba encerrado en Santa Cruz.

–¿No pensaste en que era tu papá?

–*Man*, en un momento así, no te pones a pensar en eso. Las mujeres no se tocan, *you know*.

–¿Y todavía quieres a tu prima?

–No, ya no pienso en ella. Tengo otras cosas más importantes que hacer.

Volví a integrarme a la pandilla de Johan, bajo el mando de Nandito, con todos los privilegios que esto significaba. Una vez más estábamos tocando la puerta trasera de la cafetería:

–¿Quién?

–Marihuana –dijo Poli, que ya se había vuelto una especie de líder en el grupo.

El Indio nos atendió allí, ofreciéndonos unos refrescos que había sacado quién sabe de dónde. Terminada la reunión, fuimos a la parte delantera de la cafetería y noté que algo me faltaba: mi gorra de béisbol. La había guardado en mi morral antes de entrar a la cafetería y, al salir, ya no aparecía por ninguna parte. Volví a la parte trasera de la cafetería a ver si la había dejado allí pero no la hallé, y el Indio me aseguró no haberla visto.

Al llegar al salón de clases, les manifesté mi preocupación a los muchachos y no me dieron razón de ella. De solo pensar que el regalo de mi hermano se me había extraviado, sudé como nunca. Pasé abstraído todo el resto de la jornada. En medio del partido de fútbol de esa tarde, sólo pensaba en ella. No tuve ánimos para seguir jugando. Me senté en un lavadero a ver a los demás divertirse, pensando en que no había nada más triste que estar triste viendo gente feliz.

–Nitro, el Indio quiere que vayas a la cafetería –me dijo un chico que pasó frente a mí.

De inmediato, fui a verlo. Esta vez no hubo contraseñas. Apenas toqué la puerta, el Indio me abrió:

–Tengo que decirte algo muy... delicado.

–¿Qué?

–Yo he escuchado que tú eres un buen muchacho, Nitro... Por eso, no me parece bien lo que te hicieron tus amigos.

–¿Me robaron la gorra?

–Johan la sacó de tu morral y me la dio a guardar aquí. Yo no quiero problemas con eso, así que coge –y me extendió la gorra–. Hagas lo que hagas, no me metas en ese lío. Yo voy a decir que entraste a la cafetería, revisaste y la encontraste.

–¿Poli está metido en esto?

–Todos.

Guardé la gorra en mi morral y salí al patio. Ya me imaginaba cual sería en adelante mi nueva pandilla: mi soledad y yo. Pero actué como si nada hubiera pasado. Al caer la tarde, escuché a Johan enfurecido, hablando en voz alta sobre algo que se le había perdido.

–Tiene que aparecer –decía.

–¿Qué pasó? –preguntó Marcelo.

–Me han robado un cuaderno –dijo, viéndome de lejos–. ¡Los voy a revisar a todos, así sea que me toque cascarlos! –e inició la requisa.

Cuando llegó donde mí, yo estaba preparado para cualquier cosa. Sabía que su estratagema tenía el fin de constatar que el camarero le había dicho la verdad y no se la había robado él, ya que, en ese mundo de los negocios turbios, todos los socios gozan de mala reputación. Le di la espalda y me dirigí a mi cuarto.

–¡Espera, Nitro! ¡Muéstrame tu morral!

Su descarado ya me estaba irritando. No esperé a que me alcanzara. Me volteé, di dos pasos al frente con vehemencia y le abrí el morral:

–¡Dime qué tengo yo que sea tuyo! –le grité, con la gorra empuñada en el interior–.

¡Dime! –no pude evitar que se me aguaran los ojos de la rabia. La vio, me miró e hizo un gesto de disculpa.

–Nada, Nitro... Aquí no está.

Yo continué mi camino rumbo a mi cuarto. En su interior, encontré a Chirry y a Pepo. Al cabo de un rato, llamaron a la puerta. Era Poli. Le cerré la puerta en la cara.

Anduve solo durante dos semanas. En algunas ocasiones, departía con Chirry; pero la mayor parte del tiempo me la pasaba en la biblioteca, una especie de catedral, no sólo por lo vacía sino por la intimidad que se obtenía con la palabra escrita. Allí leía historias de aventuras que me hicieran escapar de ese infierno donde me hallaba. Allí me fue a buscar Poli, de nuevo.

–*Hey, bro*, me haces falta. Y no soy *gay*, ¿eh?

Lo miré y seguí leyendo.

–Escuche que ya no me consideras tu amigo. Y con razón... Pero podemos hablar.

–Mira, Chirry. Ya no me jodas.

–*Hey*, ¿no te parece que estás exagerando? Solo es una gorra.

–¡No es sólo una gorra! ¡Es la gorra que me regaló mi hermano! ¿Entiendes?

–Sí.

–Dime algo, Poli –dejé caer el libro sobre la mesa–. ¿Te gustaría que alguien viniera y te robara tus cosas?

–No me gustaría, pero si lo hacen, no puedo hacer nada.

–¿Vengarte?

–Pues sí.

–¿Eso fue lo que te enseñaron en ese colegio de la Policía?

–No, *bro*. ¡Cómo crees! Yo sé que está mal, pero si no lo haces, lo harán contigo.

–Entonces no puedes ser amigo mío si piensas eso. Vete de aquí –puse la mano sobre el libro.

–Pero yo sería incapaz de robarte algo.

–¡Cállate! ¡No soporto tu descaro! –me puse de pie y caminé hasta donde él. Lo agarré por el cuello de la camisa y se lo retorcí–. ¿Alguna vez has sentido un dolor tan grande que no se lo has deseado a nadie?

–No sé –dijo asustado–. No me acuerdo.

–Es es tu problema, Poli. Que no has perdido nada que de verdad te duela. Pero cuando te pase, vas a decir: “*Hey*, este *man* tenía razón”.

–Seguro que sí.

–¿Qué pasa si yo te mato ahora mismo por ser un alcahueta de Johan?

–Él me amenazó, compa. Yo te iba a decir después.

–¡Responde! ¿Qué pasa si sigo tu ley de la venganza, y te mato ahorita mismo por lo que me hiciste? ¿Te parece que estaría bien?

–No.

–Ah entonces no es una ley. Sino algo que sólo se aplica para los demás.

–Perdóname.

–¡Te perdono! –y lo solté.

–Voy a cambiar, te lo juro. ¿Dime qué quieres que haga?

–Devuélvele a Silvani el bolígrafo.

–¿Qué?

–El bolígrafo que le robaste. Devuélveselo.

–Prefiero que me metan preso.

–Deja la payasada. Hazlo.

–Ya él tiene uno. Mejor se lo doy al gordo.

–Bueno, ve y dáselo a él. Pero no te quedes con eso. No es tuyo.

–¿Se lo puedo meter en su morral sin que se dé cuenta?

–¡Que le devuelvas el bendito bolígrafo!

–Pero si se lo doy en su cara, va a ir a decirle a Silvani que fui yo el que le robó.

–Haz como quieras. Sólo devuélvelo.

Poli se dio vuelta y se dispuso a partir, pero se detuvo:

–¿Con esto volvemos a ser amigos?

–Con esto queda todo resuelto.

Él se marchó creyendo haber entendido mis palabras. Pero yo me refería a otra cosa. Sí, lo perdoné, pero nunca más volví a verlo como alguien incondicional, así como nunca más volví a subestimar a un extraño.

CHAPTER III

Acababa de llegar a mi habitación luego de un partido de fútbol. Era el día de la Independencia, de modo que había actividades desde bien temprano y teníamos permiso de irnos a dormir hasta las dos de la mañana. También repartieron comida y refrescos que podíamos llevar a las habitaciones. Se esperaba una buena noche, pero yo la pasaría encerrado en mi cuarto. Ya estaba casi desvestido cuando llamaron a la puerta. Era Johan:

–Mira, Manuel. Sé que las cosas entre tú y yo no están bien. Pero a los muchachos y a mí nos gustaría que vinieras esta noche a celebrar con nosotros.

–Johan, la verdad estoy cansado. Voy a quedarme aquí.

–Compa, no seas tan aburrido. ¡Vamos! La vamos a pasar bien chévere.

–No, no, no.

–Hey, Manuel. Tú eres cristiano, ¿cierto? Los cristianos perdonan. Vamos a disfrutar en armonía, como hermanos. ¿Qué dices? Van a estar todos en mi cuarto, no puedes faltar.

–Está bien. Yo voy.

–Sabía que ibas a decir que sí –sonrió–. Te esperamos pues.

Al cerrar la puerta ya me había arrepentido de haberle dicho que sí. Pero mi cabeza comenzó a pensar en las consecuencias que traería ausentarme a la fiesta oficial de la pandilla. La necesidad de pertenecer a algo. «Maldita necesidad», pensé. Me bañé, me cambié y salí al cuarto de Johan, con la menor de las ganas de participar de sus conversaciones.

Escuchaban música electrónica. Gritaban y se reían de estupideces. Para mi sorpresa, no vi cocaína. Tampoco Nandito estaba allí. En total eran unos ocho. Me brindaron varias bebidas pero preferí refrescos.

–¡Anímate, *man!* –me decían.

–¡Atención, hoy cumple años Marcelo! –dijo Johan en un momento de la noche. Vamos a partir el pastel.

–Felicitaciones, Marcelo –le dije.

–Gracias, compa –dijo, un tanto apenado.

Todos participamos gustosos. Luego Johan repartió varias revistas para entretenernos un rato. Marcelo y Gabriel tomaron dos pornográficas. Yo miraba la de farándula que Johan tenía en sus manos.

–Esa es la que está casada con Brad Pitt pero no es muy profesional que digamos. Le gusta pasear en el hielo de Alaska.

«¿Qué? ¿Qué es la locura que acabo de decir?», pensé. Nadie me determinó, pero, de todas maneras, quise arreglarlo:

–Tiene un perro muy bonito. A los perros casi no les gusta ir a los restaurantes porque son muy fríos.

Johan se echó a reír.

«Estoy haciendo el ridículo aquí, lo que faltaba. Definitivamente no ha sido una buena decisión venir. Mejor me quedo callado antes que decir otra tontería. Mejor...», mis ojos se cerraron...

–¡Ah! –exclamé–. ¡Me estoy quedando dormido!

Johan se puso frente a mí, riendo:

–Vamos, no seas así. Apenas comenzamos.

–Johan, en serio me estoy quedando...

–Manuel, Manuel –escuchaba desde muy lejos–. ¡Mírenlo, se quedó dormido! –me puyó el costado. Todos se burlaron.

–¡Qué! Déjame–le dije. Me paré y fui a lavarme la cara en el baño.

Afuera las risas se multiplicaron. Definitivamente no podía con el sueño. Me estaba ganando la batalla. Salí.

–Oigan –les dije–, voy a dormir. Acompáñame, Poli.

–No te vayas, *bro* –dijo Johan–. No seas...

Al salir de allí me di cuenta de que estaba físicamente mal, ni siquiera podía caminar bien. Le atribuí el malestar al exigente partido de fútbol que había jugado. Tenía sentido, no era la primera vez que me extralimitaba jugando fútbol y luego me dolía todo el cuerpo. «Otra vez esto, debería de tomar vitaminas. No puedo aguantar ni un simple trasnocho». Estaba, en síntesis, tan avergonzado de mí mismo que no le mencioné nada a Poli.

–Mira a Schwarzenegger –dijo él.

–¿Dónde?

–El que está allá.

–Se está besando con el Indio. Yo sabía que era marica.

–Yo no veo nada.

–¡Allí están!

–Vamos rápido, Poli, que no me siento bien. Acompáñame y después te vas para tu cuarto.

Temía quedar desplomado en las escaleras. Las subí como pude. Entré a mi habitación y me tendí en la cama. Me sentía completamente decepcionado de mí mismo. Pensé que no había sabido manejar ni siquiera algo tan sencillo como mi propio cuerpo. Sentía que había tenido que decir que no, y listo, dedicarme a descansar. «¿Por qué me costaba tanto decir que no? ¿En qué mundo vivo yo que no se puede decir que no?». Me quedé dormido.

Un dolor en estómago me despertó. Tenía ganas de vomitar. Me paré al lavabo del baño e intenté hacerlo, pero no podía. «Me cayó mal el pastel. ¡El pastel! ¿Y si tenía droga el pastel? No creo, son ideas mías. Ya he caído tan bajo que hasta les echo la culpa de mis errores a los demás. Pero este malestar no me lo aguanto». Me metí el dedo en la boca, y vomité. Tres veces. Me vi los ojos al espejo. Rojos. «Un estado deplorable para un hombre deplorable».

Volví a la cama. Intenté dormir pero no pude. Pensaba en lo ruin que había sido mi vida. Todo lo había hecho mal. Estaba perdiendo mi juventud en este lugar, era un asco en el amor, no tenía amigos, donde llegaba me odiaban... y yo era el único responsable de todo. Mis padres me habían dado lo necesario y, a mis ya dieciséis años, no había aprovechado esa oportunidad. Me seguía doliendo el estómago. Intenté pararme pero no pude. Los brazos no me respondían. «¿Qué me pasa? ¿Qué es esto? ¿Por qué mi mente está despierta pero mi cuerpo tan muerto? Fue el pastel. De seguro le pusieron droga». Me asusté de veras. No sé si habría los ojos. Solo veía oscuridad. Era como estar al fondo de un pozo. Mi alma era tan pequeñita para un cuerpo tan grande. Sentí, por primera vez en la vida, que mi alma se iba retirando de él. Me iba. «¡Dios mío, me estoy muriendo! Sálvame. En el nombre de tu hijo Jesucristo, sáname. Ya. Ahora». Me quedé quieto a esperar la intervención de Dios, pero no, yo era... cada... vez... más... débil. De repente un nuevo aire, pero era como si al segundo siguiente comenzara a disminuir nuevamente. «Ya sé. Es el último aliento. Es la última oportunidad que tengo para ponerme a paz con Dios. Ya no voy

a luchar más. Perdí esta batalla, pero no me perderé yo... Señor, entiendo tu voluntad. Perdona todos mis pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión. Cuida a mi familia. Hazles saber a mis padres que estaré bien allá en tu reino. Cuida a Katherine, es una buena chica. Recibe mi alma, está en tus manos. Amén».

–Manuel, ¿sabes dónde está Pepo? ¡Manuel!

Era Chirry. Me incorporé. Me dolían los huesos. Miré al lado de la cama y estaba todo vomitado.

–Creo que me drogaron –le dije, agitando las manos. Yo mismo sabía lo ridículo que me veía. Chirry, en cambio, lucía tranquilo.

–¿Por qué dices eso?

–Johan... Me invitó a comer un pastel. Todos comieron, pero a mí me brindaron más que al resto. No me di cuenta en ese momento. Después de eso, comencé a decir incoherencias. Era como otra persona dentro de mí.

–Sí, eso fue que te echaron algo. Tienes los ojos rojos. Mira, quédate tranquilo. Seguro fue marihuana. Toma bastante agua para que se te pase –me trajo un vaso-. ¿Por qué te hicieron esto? ¿Por lo de la gorra o por lo mío?

–Por todo. No les caigo bien y ya. Seguro fue la forma que encontraron de burlarse de mí. No se atreven a golpearme porque mucha gente se les puede ir en contra.

–Bueno, aquí estoy yo para lo que necesites.

–Gracias, Chirry.

A esos de las dos de la mañana llegó Pepo.

–Vi que llevaban a Poli al médico –dijo-. Iba como desmayado.

–¿Él también comió?

–Sí. Y también le ofrecieron bastante.

–Lo dicho –dijo Cherry–. Les echaron algo en el pastel. Eso no es nuevo. ¿Tú no sabías?

–No tenía ni la más remota idea de esa mierda.

–Bueno, ya aprendiste.

–Sí. Ya he aprendido varias cosas aquí.

–¿Entonces a Poli se la hicieron por ser amigo tuyo?

–Yo sí creo, porque ese decía más incoherencias que yo. Dijo que vio a Schwarzenegger besándose con el Indio.

Ambos rieron.

–Ve al médico –dijo Pepo.

–No, ya estoy bien.

–¿Qué vas a hacer ahora? –preguntó Chirry.

–Alejarme de ellos. No puedo hacer nada más. Si me quejo, me van a sacar de aquí, ¿pero después qué? Se van a enojar más y me van a encontrar allá afuera. En este país gana el más violento. Como dice el dicho: “El cementerio está lleno de valientes”. Me tocó seguir mi vida normal, con bajo perfil. Ya hicieron lo que querían, espero que estén contentos y me dejen tranquilo.

A Poli la prueba de sangre le salió positiva con marihuana tras estabilizarlo de un ataque de psicosis aguda e hiperventilación. Pero no lo castigaron porque insistió en que era inocente y, para evitarse problemas con Johan, dijo que debía de haber sido una travesura de alguien que puso la hierba en una de las comidas de aquel día. Como no tenía antecedentes con las drogas, los médicos le creyeron y no reportaron nada.

Dos días después, Poli y yo seguíamos con mareos y otros problemas. Por lo menos a mí me entraba un ataque de pánico cada vez que me daba sueño en la noche, pensaba que me iba a morir. Tuvieron que pasar varios días para librarme de esa pesadilla en duermevela. Desde esa vez, Poli y yo nos propusimos nunca más estar cerca de las drogas ni de la pandilla de Johan. Era una tarea bastante difícil, si se piensa todo lo que le hacían a Chirry. Además, eso significaba que Poli andaría más conmigo, y, a esas alturas, yo no confiaba en nadie.

–¿Estás asustado? –le pregunté a Poli.

–Un poco.

–¿Ya viste que esto no es un juego?

–Sí, *man*.

–Compa, nos toca estar pendientes porque nos pueden joder otra vez. Yo tengo una idea.

–¿Cuál?

–Quiero que les demos un susto pero sin meternos en problemas.

–Aja, ¿cuál?

–Quiero que vayamos donde la sicóloga. Ella no es policía, no nos va a obligar a empapelar a Johan, para que después él se vengue de nosotros. No. Lo que vamos a decirle es que nos ayude a montar un teatro para asustarlo.

–¿Como una obra de teatro?

–Siéntense, jóvenes –dijo la sicóloga–. Soy toda oídos.

–Señora Guzmán –le dije–, queremos que usted nos ayude con algo. Es algo delicado, pero proméтанos que no va a decir nada a nadie.

–Yo obedezco un código de ética que me impide revelar los problemas de mis pacientes.

–¿Prometido entonces?

–Prometido.

–Sucede que hemos tenido problemas con alguien. No le puedo decir el nombre por ahora porque tenemos miedo de una venganza.

–Aja...

–Ese muchacho nos invitaron a una fiesta. En la fiesta nos dio de comer un pastel. Nosotros no sabíamos de qué era el pastel, pero estamos seguros de que tenía marihuana porque lo comimos y nos sentimos mareados. Luego él fue al cuarto de emergencia y le dijeron que había sido sobredosis. Pero yo le puedo jurar que ni él ni yo metemos eso.

–¡Pero eso es gravísimo! ¿Por qué no los han denunciado?

–No, señora Guzmán. Mire... Las cosas no son como usted cree. Si decimos que fueron ellos, allá afuera, en la calle, nos van a estar esperando para vengarse. Son peligrosos.

–¡Dios mío! Entonces con más razón debemos de hacer algo. Hay otros que corren peligro, y yo estoy en la obligación de proteger a los muchachos.

Miré a Poli con cara de decepción. Él también entendió que habíamos ido al lugar equivocado. Esta señora no conocía el mundo real. Se notaba que se la había pasado encerrada en una universidad.

–Usted nos prometió no decir nada.

–Sí, y no voy a reportar nada a las autoridades si ustedes no quieren. Pero yo estoy dispuesta a brindarles todas las ayudas para protegerlos. A ustedes podríamos sacarlos de aquí, tal vez enviarlos a sus casas; y a ellos a una cárcel de adultos cuando terminen.

–Tranquila, señora Guzmán, sólo queremos que nos ayude en una cosa.

–¿En qué cosa?

–Queremos que usted cite al muchacho fingiendo que ya las autoridades saben lo que pasó, y que le diga que se disculpe frente a nosotros, y que si no lo hace, lo van a trasladar a una cárcel de mayores. Y cuando ya se disculpe, usted lo deja ir sin empapelarnos para que no se vengue de nosotros.

–Pero para llamarlos necesito hacer el reporte con las autoridades.

–Señora Guzmán, sólo queremos que usted nos ayude como persona, no como sicóloga. Queremos que les haga creer que usted ya habló con las autoridades pero que si se disculpan no los van a meter en problemas. Queremos que se sientan amenazados, y se alejen de nosotros. No queremos judicializarlos.

–Lo siento, pero no puedo hacer nada sin pasar un reporte. Sería mentir, y eso es un delito. Y tampoco puedo pasar el reporte a menos de que ustedes me autoricen.

–Listo –dije, poniéndome de pie–. Eso era lo que queríamos escuchar. Si podía o no ayudarnos. Ya vemos que no. Entonces nosotros veremos cómo resolvemos este problema por nuestra propia cuenta –agregué en tono amenazante.

–Un momento, ¿para dónde van? ¿Van a pelear?

–Señora Guzmán, ya le dijimos que nosotros no somos personas violentas. Estamos aquí por errores que cometimos. Tonterías. No hemos matado a nadie. No entramos por peleas callejeras, como otros. Revise nuestro pasado judicial si quiere.

–¿Entonces qué van a hacer?

–A buscar la manera de que se alejen de nosotros. Muchas gracias por su ayuda.

–...

La sicóloga se quedó mirándonos salir, totalmente desorientada. Yo estaba enojado conmigo mismo por seguir con la ingenuidad de pensar que otras personas en este mundo nos podían tender una mano amiga. Ni los hampones, ni la justicia, se podían pasar por alto sus dichas leyes, sus normas, sus posiciones, por ayudar a otro. En eso, se parecían tanto... Ese era el país, la sociedad, donde nos había tocado nacer. ¿Qué más daba? Salir con la cola entre las piernas y enfrentar esta derrota con dignidad.

–¿Viste lo que dijo? –le pregunté a Poli. “Tengo que proteger a los muchachos”. ¿Y nosotros qué carajo somos entonces?

–No sé. Pero no entramos en eso.

–Somos la escoria de Santa Cruz. Somos menos en este hueco. De nada sirve portarse bien aquí.

–Ya no te enojas más. Acuérdate. Los dos nos enfrentamos a Johan al principio, ahora también lo podemos hacer.

–Sí. Ya no le echemos más leña al fuego. Hagamos como si nada de esto hubiera pasado
–le dije–. Todo fue un mal sueño.

Britanilla se veía hermosa desde la pequeña ventana del baño. Qué ironía: siempre había querido recorrerla, y la primera vez que la pisé, había sido para recluirme en cuatro paredes. «Muy pronto», eran las palabras que se asomaban a mi pensamiento al sentir la brisa marina colándose por la ventana. Mientras me duchaba en aquella conmovedora mañana, un guarda llamó a la puerta:

–Necesitan a Manuel Ruiz Patterson en Coordinación de Disciplina.

Mis nervios se alteraron al cien, pude volver a sentir el mareo de aquel terrible día. Temía que la sicóloga hubiera abierto la boca. Me alisté tan rápido como pude y bajé. Allí encontré a Poli esperando, en medio de otros muchachos con los que yo no hablaba a menudo. No entendía a qué se debía la citación, pero mis piernas temblaban. Le hice seña a Poli de que había que mantener el secreto.

Para nuestra sorpresa, supimos que Schwarzenegger había mandado a llamar a los internos de mejor conducta con el fin de premiarlos con un día de libertad, aunque bajo la vigilancia de los guardas y la presencia de la Infantería de Marina, que mantenían la isla custodiada por ser un centro estratégico de operaciones militares. Sentí un alivio por todo mi cuerpo, pero a la vez me asaltó la duda de cuándo me libraría de aquel imperioso temor. Quizá cuando saliera definitivamente. Quizá cuando los gallos reemplacen las alarmas. Quizá.

Abandonamos Santa Cruz a bordo de una camioneta institucional. Al verla disminuirse en la distancia, sentí como si hubiera olvidado algo allá, pero no algo material, sino una parte de mí. Era como si saliera de mi casa. Qué tragedia: no me había dado cuenta, hasta ese momento, de que ya veía ese infierno como mi casa. «¿Qué me hicieron? ¿Me lavaron el cerebro los sicólogos?».

–Poli, ¿sientes lo mismo que yo?

–¿Qué?

–Que querías salir de allá pero, a la vez sientes que se te queda algo.

–Claro. Nuestro cuarto, nuestros amigos. Ya tenemos una vida allá.

–Una vida que odiamos.

–Pero es lo único que tenemos.

–Sí; por ahora, sí.

Nos llevaron a la costa de la isla, desde donde se apreciaba el mar Caribe lleno de veleros. Una parte de Catamara, que nunca había visto desde allí, irrumpía imponente entre el cielo y el mar. Un paseo lleno de jóvenes en monopatines y bicicletas serpenteaba paralelo a la orilla; y al pie de este, se alzaban cientos de edificios blancos y cristalinos. Era extraño, pero ni Poli ni yo, siendo catamareros, conocíamos Britanilla.

Para nosotros era un “barrio de ricos”. Nunca nos habíamos atrevido a meternos por aquellas calles tan limpias y exuberantes de belleza arquitectónica, de casas antiguas mezcladas con modernos y perfumados centros comerciales. La gente decía que quien cruzaba el puente hacia Britanilla era porque tenía un amigo, un familiar o un “trabajo de negros” del otro lado, incluyendo el de militar o policía. Yo sí que no tenía nada allí. Y Poli sólo había prestado servicio de policía de turismo en tierra firme.

Entre todos los premiados con el día de libertad, convenimos realizar una actividad que no pudiéramos hacer dentro de la correccional: pescar. Siempre acompañados por los guardas, fuimos a un almacén. Luego de almorzar allí mismo, compramos carnada e hilos de nylon, a los que les atamos tuercas en uno de los extremos. De allí, partimos a un antiguo fuerte español cuya muralla nos servía de resguardo y de plataforma a la vez, e iniciamos la faena. Por fortuna, nadie de la pandilla de Johan o de Cuco estaba en este grupo, así que el ambiente era bastante calmo.

Yo estaba tan contento que me puse a cantar, pero mis compañeros, más expertos que yo en el tema de la pesca, me dijeron que ahuyentaría a los peces. Debíamos de esperar pacientemente y en silencio la ingenuidad de las sardinas. Yo, la verdad, nunca había sido muy bueno quedándome quieto, de modo que me fui a caminar, junto con Poli, por los alrededores, seguidos a cierta distancia por la mirada de dos guardas.

La labor de custodiarnos era facilitada por la guardia que tenía puesta el Ejército Nacional en la isla, dada la cercanía de una base militar para el control de antinarcóticos. Cada cierto tramo, se podían ver infantes de marina con caras infantiles. Poli propuso que fuéramos a hablar con uno de ellos. El joven infante, que de seguro no había pronunciado palabra hacía varias horas, nos saludó con solo ver que nos aproximábamos.

–Buenos días.

–Buenos días –dijimos.

–¿Mucho calor? –preguntó Poli.

–Lo normal.

–¿Sí te permiten hablar con la gente? –pregunté.

–Para eso estamos.

–Es que estamos aburridos –dijo Poli.

El infante se echó a reír.

–¿Puedes hablar o tienes prohibido decir algunas cosas?

–¿Como qué?

–Tu edad, tal vez.

–Diecinueve años –dijo con una sonrisa–. ¿Y ustedes? ¿Cuántos años tienen?

–Acabamos de cumplir dieciséis –dijo Poli.

–Tú sí pareces de dieciséis –le dijo a Poli–, pero tú... –me señaló con el mentón– pareces como de veinte.

–Es por el bigote, me crece muy rápido –dije.

–Es tu cara. No le eches la culpa al bigote –dijo Poli, y el infante se echó a reír.

El militar nos preguntó por qué nos seguían aquellos guardas.

–Son nuestros escoltas –dijo Poli.

–Más bien ustedes parecen presos. ¿Pero tan pequeños?

Le contamos que estábamos presos en una correccional de menores. Poli siguió hablándole en códigos militares mientras mi mirada se paseaba por las armas que el infante cargaba encima: un fusil que recortaba su pecho desde el hombro derecho hasta la pierna izquierda, una granada en el corazón y otros juguetes que no alcancé a distinguir, enganchados a la cintura y el pantalón.

Como si experimentara una reminiscencia, pude entender que una granada en el corazón contenía la manera perfecta de expresar cómo me sentía. Mi diario vivir en aquella cárcel consistía tener que cargar con algo que no debía dejar caer por ningún motivo, que no podía descuidar ni siquiera mientras dormía. Y no era precisamente una maldición, sino todo lo contrario: una luz de la que dependía la alegría de muchos.

–Oye –interrumpí para hablarle al infante–, supongamos que yo sea un preso peligroso, me escape, y tus superiores te ordenen atraparme. Con todas esas cosas que llevas encima, ¿podrías alcanzarme?

–Con esta que tengo aquí –dijo, abrazando alegremente su arma–, no necesito correr.

Nos reímos. Poli lo miró emocionado y expresó sus ganas de volver a iniciar su carrera militar. Tuve que recordarle a mi amigo que debíamos volver a la muralla, así que nos despedimos del infante.

Cuando regresamos, ya los muchachos habían hecho una buena pesca. Minutos después, nos dieron la orden de suspender la actividad para ir a cenar y, justo en ese instante, un último pez picó el anzuelo. Hicimos tanta algarabía que, sin intención, despertamos a alguien que yacía acurrucado en una de las boquetas de la muralla: un jovencito a medio vestir, de esos que en Catamara llaman “negritos” por ser niños y jóvenes de piel oscura en condición de pobreza.

Su delgada humanidad no era visible para los militares. Le preguntamos qué hacía en ese lugar. Aseguró haber abandonado su familia porque sus padres peleaban mucho. Vivía de lo que le regalaban los residentes de la isla y los turistas. Con visible torpeza, dejó caer una botella sucia y maloliente, con lo que supimos que era otro adicto al pegamento.

–Poli, este debe de tener como diecisiete años. Digámosle que el ejército está allí, que se lo pueden llevar como recluta.

–¿Y? Mejor para él. Tal vez aproveche esa oportunidad más que yo –agregó con un tono amargo.

Los zanates anunciaron el final de la tarde. En el cielo se divisaba un anaranjado profundo sobre el cual el sol lentamente se diluía.

El haber recorrido Britanilla me puso bastante sensible. En esa isla se habían conocido mis padres. Papá fue uno de esos trabajadores que contrataron en un colegio de la isla para que les dieran clases de español a los hijos de los gringos. Por esos días, conoció a mamá en un colegio del que ella era heredera, así como de un resto de fincas y edificios. Heredera hasta que cometió el “error” de enamorarse de su profesor de español: un “negro” pobre, aunque muy educado y trabajador.

En el pasado de mi padre, figuraban momentos en los que había tenido que dormir en la calle tras su llegada de un pueblo de campesinos. Su primera cama en Catamara fue la banca de un parque. Luego encontró un mejor albergue: los bajos del estadio de fútbol. Más tarde, con ayuda de unos amigos, y gracias a su potente voz, consiguió un trabajo en una emisora como locutor. Allí en la emisora vivía, a fuerza de no tener más, y tuvo su tercera cama: una pila que hizo con los discos de vinilo de la emisora. Finalmente, a raíz del reconocimiento que obtuvo entre los oyentes, y de su fluidez verbal, le ofrecieron el trabajo de profesor de español en Britanilla.

El pasado de mi madre era completamente opuesto. Había sido criada en un hogar lleno de comodidades, aunque con ciertas carencias de amor, ya que era huérfana. Había vivido en una de las casonas de la isla llamada Casablanca, con sus hermanos y una tía que había sido designada por su abuelo, Míster Patterson, para que los cuidara. El abuelo los visitaba de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo debía estar pendiente de sus negocios, ya que su mano derecha ya no estaba para ayudarlo: el papá de mi madre, quien había muerto pescando en el mar.

Bajo este cielo de incoherencias de la vida, se conocieron mis padres. Papá cuenta que fue ella la que se interesó en él, que no le quitaba la mirada mientras les hablaba a los alumnos

de sintagmas y conjugaciones verbales, en el último año de la secundaria. Mi mamá, por su parte, dice que fue él quien la invitó a salir, obviamente a escondidas, ya que el reglamento prohibía ese tipo de encuentros. Sin embargo, como todo lo secreto, hubo un día en que la relación salió a la luz.

La noticia de que mamá salía con un señor mayor llegó a los oídos de la tía. Dicen, entre secretos de familia, que esta tía tenía el vicio de espantar a todos los pretendientes de mamá, incluyendo gringos, con el fin de disfrutar más tiempo de la jugosa mesada que le daba el abuelo. Esta vez le tocó oponerse a mi papá, al que ella describía como “ese pedacito de hombre”, “un gañán”, “un viejo verde”. Cuando la tía la confrontó, mamá propuso que el abuelo decidiera el curso de la relación.

Por el lado de papá, tampoco dejaba de llover. Una mañana, el rector del colegio lo mandó a llamar. Según el directivo, alguien había visto a mi padre caminar por la playa de la isla tomado de la mano con una alumna. Mi padre no lo negó. Al contrario, dijo que sabía muy bien lo que hacía. El rector, al ver el “descaro” con que le hablaba, se enfureció y le pidió la carta de renuncia. Entonces mi padre salió de allí a redactarla. A los pocos minutos, se la puso sobre el escritorio.

–¿Acaso está loco?

–Sé muy bien lo que hago, señor rector –insistió mi padre.

–Permítame explicarle algo –dijo apartando la carta–. Usted es el mejor profesor que tengo, y si lo pierdo difícilmente lo reemplazaré. Le propongo que deje a esa niña y a cambio permitiré que siga trabajando como si nada hubiera pasado.

–No puedo hacer eso.

–¿Por qué, si esa relación no llegará a ningún lado? ¡Deje a esa niña y evítese problemas, hombre!

–*Esa niña* va a ser la madre de mis hijos.

–¿Lo dice en serio, profesor Ruiz?

–Muy en serio, señor rector.

–¿Sabe usted quién es ella?

–La nieta de uno de los socios de este colegio.

–¿Cree que lo aceptarán en su familia?

–La peor diligencia es la que no se hace. Pienso ir a su casa a pedir permiso para visitarla.

Dentro de poco será mayor de edad y podrá decidir su propio futuro.

–No lo puedo creer...

–Créalo, señor, con todo respeto.

–Si lo despido, voy a sentir que estoy cometiendo una injusticia. Haga lo que tenga que hacer y ya veremos –agregó rompiendo la carta.

Con ayuda de mamá, papá hizo lo que prometió. Esperó a que el abuelo estuviera de visita en casa de la tía y fue a visitar a su novia después del almuerzo. Míster Patterson había llegado a la isla en la primera oleada de inmigrantes estadounidenses con el fin de disfrutar la pensión en un vivero paradisiaco y de bajo costo. Nada más este rasgo ilustra lo celoso que era con el dinero. Así que cuando la tía de mamá le dijo que mi padre sólo estaba interesado en su fortuna, Míster Patterson se puso a la defensiva.

–¿Es usted su profesor? –preguntó el abuelo de mi madre.

–Sí, señor.

–¿Y usted *quererla*?

–Sí, señor.

–¿Para casarse con ella?

–Por supuesto.

–¿Cuánto gana?

Mi papá le respondió con una suma no muy alta.

–Con eso podrá alimentarla. Llévesela. Ella sabrá lo que hace, ya está grande.

No resultó tan difícil como se lo esperaba. Había ido a pedir permiso para visitarla y, adicionalmente, obtuvo la aprobación para casarse con ella, aunque con la condición de que papá se encargara de ahora en adelante de sus necesidades, y no contara con la herencia de ella. Pero esto no menoscabó su felicidad. Nada podía compararse con la alegría de papá de poder conservar su prometida y su empleo. La tía, por su parte, estaba enojadísima.

Al cabo de unos meses, cuando mamá terminó la secundaria, pudieron casarse. Como regalo, el rector del colegio les dio un bono para la luna de miel, que disfrutaron en otra isla cercana. De vuelta, la realidad era otra. A mamá le tocó irse a vivir a un barrio pobre de Catamara, y renunciar a todos los lujos a los que estaba acostumbrada desde niña. Para poder tener más ingresos, papá tenía una carretilla llena de libros que mamá le ayudaba a empujar, hasta un lugar donde se estacionaban varios vendedores informales, cerca de la universidad pública.

Mamá nunca se quejó. Siempre estuvo dispuesta a hacer lo que sea para salir adelante junto al hombre de sus sueños. Pronto, consiguió trabajo de secretaria, y pudieron arrendar una casa en un mejor lugar. Papá ingresó a la universidad pública y se graduó de abogado, con tan altas notas que le dieron un puesto de profesor allí mismo. Entonces vinimos mi hermana, mi hermano y yo, en cumplimiento de lo que papá le había dicho al rector.

Quise guardar para siempre en mis pulmones el aire fresco de aquellos recuerdos y sensaciones que me había provocado Britanilla. Los días siguientes me la pasé contándoles, a los compañeros que no salieron, de lo bien que la habíamos pasado.

–Escribe un libro –me dijo uno de ellos, con notoria envidia.

Me pareció una buena idea. Ya que estaba tan solo que nadie me prestaba sus oídos, comencé entonces a escribir las historias que ahora narro, con sus pasajes más ingratos, aunque me dieran ganas de vomitar sobre el papel, aunque la tuviera que escribirlas rápido por temor a que me volviera a alcanzar la angustia de aquellos años, los años sin causa, los años de la ingenuidad de las sardinas, los años de la fruta que nos sale en la parte delantera del cuello.

Para concentrarme en mi tarea, me volví a aislar de todo el mundo. Mi confidente era el nuevo cuaderno de Química, y en él todo era literatura. Me la pasaba en la habitación, escribiendo como una máquina todo cuanto sentía. Pero, como el mal no descansa, un día tuve que interrumpir mi escrito: una explosión sacudió toda la Correccional de Menores Santa Cruz. Las paredes se estremecieron con una fuerza aterradora y me lancé al suelo del susto. Dejé mi cuaderno allí tirado y salí corriendo antes de que me callera el techo del cuarto encima.

Al salir al patio, vi que una bandada de pájaros huía en dirección al sol. Nosotros seguíamos allí, pegados al piso sin saber qué había pasado, qué camino tomar, a quién acudir. Schwarzenegger también salió de su oficina con un radio en las manos: una voz femenina avisaba que la guerrilla había puesto una bomba a la empresa española que administraba el agua de la ciudad, cuya oficina principal estaba en Britanilla, junto a la correccional. Era típico, la guerrilla quería la retirada de las empresas de españoles en Verania, y esta era su manera de amedrentarlas.

Los gritos de calma de Schwarzenegger no eran suficientes para controlar el desorden. Los jóvenes huíamos al otro extremo de las instalaciones, con el temor de que estallara una segunda bomba, la famosa segunda bomba que solía poner la guerrilla cada vez que quería cobrar más víctimas, la estrategia perfecta ante la que caían curiosos, policías antiexplosivos y soldados que inspeccionaran la zona del primer estallido. Una segunda bomba que por lo general estallaba en un lugar cercano a la primera.

Trasparamos el límite de nuestra cordura cuando escuchamos decir a la locutora: “Mucha atención: una segunda bomba ha estallado en el Edificio Inteligente”. De inmediato, el director apagó la radio para evitar que el conocimiento de mayores tragedias empeorara la situación. Algunos guardas huyeron por las puertas que ellos mismos custodiaban, cerrándolas tras sí, mientras los internos permanecían corriendo, por el patio, hacia las esquinas o hacia el salón de audiovisuales, buscando una ventana por la que escapar de esa terrible zozobra, de esa incertidumbre de no saber si bajo nuestros pies se hallaba una tercera, cuarta o quinta bomba. Eran gritos como de niños huyendo de una explosión de dinamita...

Son momentos en los que el presente imita al pasado. Rayos de luz que iluminan zonas desnudas en la memoria. De repente, odias con todas las fuerzas de tu alma eso que fuiste, las palabras de engaño que fraguaste, las decisiones que te trajeron hasta aquí. Quisieras tener otro cuerpo, al menos otra cara, para no tener que afrontar la vergüenza de cruzarte en la calle con las personas que lastimaste, sino, en cambio, poder acercarte despacio y dar los *buenos días*, y que te los devuelvan con una sonrisa. Deseas que la máquina del tiempo fuera una realidad. ¿Es tan difícil hilar lo que haces con lo que quieres que te hagan a ti? ¿Por qué te demoras tanto tiempo en relacionarlo? ¿Será que el cerebro sólo asimila las repeticiones de las malas experiencias hasta que las aprendes? ¿Y cuántas repeticiones se necesitan? ¿Y cuántas vidas alternas desgraciadas

necesitas conocer? Porque el dolor de los demás a veces es tan semejante al tuyo, que crees ser un Silvani, un Poli, un Marcelo... pero también, por una reacción en cadena a tus acciones, eres el gordo, eres el Indio, eres el Chirry, eres tú el dueño del auto pinchado por un vándalo, eres tu madre y tu padre, eres Katherine viendo despedazarse su nido de amor...

Juro que estaba arrepentido. Lo único que pude hacer para expresarlo fue llevarme la mano al pecho. Sentí la granada que tenía por corazón. Miré una vez más a mi alrededor: me pareció que la gente corría a esconderse de mí. Entonces me alejé a un rincón, donde ya nadie pudiera verme. Pasé junto a la casona y percibí el ruido estridente de los teléfonos, que nadie contestaba. Al interior, siluetas se cruzaban y se tropezaban unas con otras.

Llegué hasta una reja alta que comunicaba al estacionamiento, que, a su vez, tenía otra reja que lo separaba de la calle, y allí, entre esos barrotes, me quedé observando a los transeúntes que corrían y daban vueltas sobre ese pedazo de tierra sin salida, al igual que nosotros. Me imaginé cómo debía de estar el puente en ese momento. Qué ironía: una cárcel dentro de otra cárcel, ¡una cárcel dentro de este mundo! Dos imágenes quedaron en mi memoria para siempre: un niño llevado con afán por una mano adulta, y una sombrilla arrastrada por la brisa en medio de la carretera.

Como teníamos libre la hora de Inglés, Poli y yo nos dirigimos al Salón de Combates. Al atravesar el patio, vimos a un grupo de muchachos señalando un árbol. Una humareda se desprendía de la copa.

–Se está quemando el árbol –dijo alguien.

–¡No, el árbol está fumando marihuana! –gritaban los más jóvenes.

Schwarzenegger no demoró en llegar, acompañado de dos guardas y su grito mágico:

–¡A ver, allá!

Automáticamente, todos los profesores salieron de sus clases para ver lo que sucedía. Más atrás salieron sus alumnos. Los gringos también abandonaron sus peleas de boxeo y acudieron a ver la escena. Un círculo de internos se cerró alrededor del árbol. El humo cesó de repente. Schwarzenegger desplegó su navaja:

–Bajas o subo a buscarte.

–¡Espérese, espérese! –dijo una voz, que identifiqué como de Gabriel.

–¡No, te bajas ya! –dijo Schwarzenegger, poniéndose una mano en la frente como visera.

–¡Espérese, que estoy mareado! –dijo Gabriel, y dejó caer la colilla a los pies del Coordinador.

Nos acercamos. Gabriel se veía chistoso aferrado de brazos y piernas al tronco del árbol como su única tabla de salvación ante ese cielo que se le venía encima.

–¡Te doy cinco minutos para que bajas!

–¡Está bien!

–Contando desde ya –agregó Schwarzenegger, mientras miraba su reloj.

Fueron cinco minutos estresantes para el Coordinador. Se agachó a tomar la colilla, la apuñaló con la navaja y se acercó a los guardas:

–¿Ven esto que está aquí? –los guardas asintieron–. Ustedes son los culpables de que estos muchachos sigan en lo mismo. Como nos cierren este lugar, ¿saben dónde van a terminar ustedes? Trabajando un lugar de mala muerte con un sueldo pésimo...

Schwarzenegger le ordenó a Gabriel, otra vez, que bajara. Este comenzó a descender torpemente del árbol. El Coordinador se comenzó a preocupar de que el muchacho se hiriera, y les pidió ayuda a los guardas. Al fin, pudieron recibirlo y llevarlo a la casona, donde lo interrogaron y dijo que una visita le había llevado la marihuana, únicamente para encubrir a Nandito.

La bomba no sólo había destruido el techo de la correccional, sino también las esperanzas de muchos internos adictos a las drogas, su paliativo para olvidarse de la soledad y la cercanía de la muerte. Con mayores acciones contra la mercancía ilegal, las directivas demostraron su incapacidad para resolver la raíz del problema, pero era lo único que podían hacer para lavar un poco su conciencia.

Hechos como este se supieron en los periódicos, que era lo único a lo que yo podía acceder en la biblioteca. Leí que propusieron aislar a los reclusos adictos a la droga, pero el director de Santa Cruz optó por rebajar las penas y renegociar las fianzas. De este modo, salieron, casi que de inmediato, Pepo y Silvani; sus padres creyeron que ya habían aprendido la lección. A mí me faltaba poco para cumplir mi condena de dieciocho meses, pero con la nueva reglamentación me dejarían libre a los doce; eso sí, pagando la fianza, que mamá había comenzado a tramitar desde la explosión.

Desde ya, me imaginaba ni nueva vida: una diferente, pero no solo en el sentido moral, sino una diferente en todo el sentido humano. Con nuevas amistades, seguramente como la de Chirry. Sí, estaba dispuesto a buscar a los amigos más impopulares de Catamara al salir. Me iba

a convertir en su embajador, en su protector, en lo que siempre había querido que hicieran conmigo, porque me había dado cuenta que de nada servía estar con los más fuertes. Al menos a los débiles, dada nuestra desventaja, nos tocaba elegir entre la lealtad o morir aplastados. Sentía como si algo ya había muerto dentro de mí, y, en su lugar, otra semilla renaciera lentamente. Todo mi interior estaba lejos de la correccional, sólo tenía que esperar que mi cuerpo lo siguiera.

No estuve tan lejos, pero, al cruzar la puerta de mi casa, me dio la impresión de que acababa de llegar triunfante de un largo viaje. Mi habitación era una nueva habitación, aunque todo estaba tal cual lo había dejado, incluso algunas revistas que, después de más de un año, consideraba infantiles. En realidad, todo lucía pequeño, incómodo, superfluo. Es que a esa edad somos pequeños dioses: un día es como un año; y un año, una etapa superada.

Mamá no dejó que terminara de desempacar mis cosas. Estaba impaciente porque probara la comida que me había preparado: arroz de pollo con almendras. Aquella tarde, el comedor era una sala de parto porque yo nacía de nuevo. Debió ser así la primera vez: todos rodeándome, esperando los primeros balbuceos del hijo menor, y yo con ganas de explorar el mundo. A mi izquierda y a mi derecha, se sentaron mi hermana y mi hermano, respectivamente. Papá me preguntó cómo me había ido en la correccional, pero me prometí a mí mismo no darle detalles hasta que pasaran los años y me volviera a ganar su amistad. No quería que pensara que yo había sido partícipe de todo lo que había visto allá, porque todo cuanto dijera podría ser usado en mi contra. Sólo le dije lo que quería escuchar: que hubo momentos difíciles de los que aprendí mucho, y que era una nueva persona. “Sabía que te serviría”, dijo él, sin preguntarme en qué sentido yo era otra persona.

De mis antiguos amigos, no supe nada. Los perdí todos. Ni una llamada, ni una carta, ni un mensaje. Al principio sí preguntaron por mí, pero se fueron olvidando. Era como haber estado muerto todo este tiempo. Pregunté a mamá si Dayro me había llamado. Me dijo que no. Sus papás debían de seguir molestos conmigo, porque supuestamente yo había sido una mala influencia para su hijo, razón por la cual le habían pagado la fianza que le impidió terminar en la correccional.

Después del almuerzo, volví a mi habitación. Estaba terminando de desempacar mis cosas cuando sonó el teléfono. Hacía tiempo no tenía el privilegio de levantar un auricular, así que me apresuré a contestar antes de que mis hermanos lo hicieran: “Buenas tardes”. Era el silencio... ¡No! No era exactamente el silencio. Al fondo se alcanzaba a oír algo. ¿Una respiración, tal vez? “Hola... ¿Quién habla?”. Nadie hablaba. Solo se escuchaba un ruido distante que parecía provenir de un ventilador.

En ese momento comprendí el pacto: me quedé callado. Aquel diálogo de silencios se prolongó por unos segundos más, hasta que escuché el cierre del teléfono al otro lado. «¡Vaya! – pensé–. ¡Esperar tanto tiempo el momento de volver a contestar una llamada para esto!».

Regresé a mi habitación a seguir desempacando y a guardar en un lugar seguro las cartas que mi familia me había mandando durante mi estadía en la correccional. No dejaba de pensar en la llamada. El ventilador daba vueltas dentro de mi cabeza. Entonces volví a la pequeña mesa del teléfono, me cercioré de que ningún ruido de ambiente pudiera delatarme y descolgué el auricular.

Traté de recordar el número telefónico que quería marcar, pero, como mi mano siempre ha tenido mejor memoria que yo, acerqué mis dedos al tablero del teléfono y pulsé mecánicamente unas teclas. Al otro lado de la línea, escuché la voz de Katherine que saltaba de una palabra a otra: “Hola... ¿Sí? Holaaa...”, y, al fondo, el ruido de un ventilador. “¿Quién es?”. Colgué antes de que se quedara callada. «¡Qué predecible es el amor!», fue lo único que pensé.

REFERENCES

- Aponte, Barbara B. "Rito de iniciación en el cuento hispanoamericano". *Hispanic Review*. 2. (1983): 129-146. Impreso.
- Barros, Betsy (ed). *Encuentros*. Riohacha, Fundación Atrapasueños, 2009. Impreso.
- Lerate de Castro, Jesús. "“I hate the movies like poison, but I get a bang imitating them.” El guardián entre el centeno y las películas de Hollywood". *Cultura y Literatura Popular*. eds. José Manuel Estévez-Saá y Mercedes Arriaga López. Madrid: Arcibel, 2005. 162-208. Impreso.
- Didier, Béatrice, Antoinette Fouque y Mireille Calle-Gruber, eds. *Dictionnaire des femmes créatrices*. París: Des femmes, 2013. Impreso.
- Echeverri, Andrea, Juan Luis Isaza y Ricardo Silva, eds. *Bogotá por Bogotá. La verdad y solamente la verdad*. Bogotá: Fondo de Promoción de Cultura de Bogotá, 2008. Impreso.
- Garrison, Howard Leslie. "The Genesis of a World View as a Function of Becoming in José Rubén Romero's *Los apuntes de un lugareño*". *Dissertation Abstracts International*. 42.8 (1982): 3619A-20A. Impreso.
- Goethe, Wolfgang. *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*. Madrid: Espasa Calpe, 1931. Impreso.
- Golding, William. *Lord of the Flies*. New York: Penguin Group, 2003. Impreso.
- Joyce, James. *A Portrait as a Young Man*. Pasadena, Calif.: Salem Press, 2012. Impreso.
- Kayser, Wolfgang. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. 2ª. Madrid: Gredos, 1958. Impreso.
- Lewis, Clives Staples. *Mere Christianity*. New York: Harper One, 2001. Impreso.
- Menco Haeckermann, Víctor. *El hombre que hablaba por mí*. Bogotá: Pluma de Mompox, 2011. Impreso.
- Otálvaro, Rubén Darío. *Antología del Cuento Corto del Caribe Colombiano*. Montería: Fondo Editorial Universidad de Córdoba, 2008. Impreso.

- Riquelme, John Paul. "Modernist Transformations of Life Narrative: From Wilde and Woolf to Bechdel and Rushdie". *MFS Modern Fiction Studies*. 59.3 (2013): 461-479. Impreso.
- Rodríguez, María de los Ángeles. *La novela de autoformación: una aproximación teórica e histórica al "Bildungsroman" desde la narrativa española*. Kassel: Edition Reincherberg, 1996. Impreso.
- Salinger, Jerome David. *The Catcher in the Rye*. Pasadena, Calif.: Salem Press, 2012. Impreso.
- San Agustín, *Confesiones de San Agustín*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1954. Impreso.
- Sumalla, Aránzazu. "El adolescente como protagonista literario". *Temas de Psicoanálisis*. 5. Ene. (2013): 1-14. Web. 28 Mar. 2014. <<http://www.temasdepsicoanalisis.org/el-adolescente-como-protagonista-literario-2/>>.
- Vargas Llosa, Mario. *Los jefes / Los cachorros*. 5ª. Barcelona: Seix Barral, 1982. Impreso.
- Vásquez Rodríguez, Fernando. *Escritores en su tinta: consejos y técnicas de los escritores expertos*. Bogotá: Kimpres, 2008. Impreso.

BIOGRAPHICAL SKETCH

Víctor Adolfo Menco Haeckermann (Cartagena, 1986). Escritor y cantautor. Estudió Lingüística y Literatura en la Universidad de Cartagena, Colombia, 2010; y la maestría en Español con la concentración en Escritura Creativa de la Universidad de Texas-Pan American, 2014. Autor del libro de cuentos *El hombre que hablaba por mí* (2011) y colaborador del *Dictionnaire des femmes créatrices* (2013). Ganador del Primer Concurso Regional de Minicuento "Antonio Mora Vélez", 2008, Universidad de Córdoba. Su dirección es: 1609 W Schunior St, Apt. 508, Edinburg, TX 78541.